

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 20. — N° 461.

Administracion general passage Saulnier num. 4, en Paris.

SUMARIO.

Creo en Dios. — S. M. Maria Luisa Agustina Catalina, reina de Prusia; grabado. — La coronacion del rey de Prusia; grabados. — Revista de Paris. — La fotografia. — Caceria en Compiene en honor del rey de los Países Bajos; grabados. — Polacos y lituanenses en las dos orillas del Niemen; grabados. — El Noble en la miseria. — Exposicion de los concursos para los grandes premios de Roma; grabados. — Giovanni Battista Niccolini; grabado. — Monumento fúnebre erigido á la memoria de Jacquard; grabado. — Real Academia española. — Boletin científico. — Fiesta de la sociedad federal de los oficiales suizos; grabado. — Inauguracion del ferrocarril de Barcelona á Zaragoza; grabado. — Fiesta del comicio agricola de Vienne; grabado.

Creo en Dios.

CUENTO DE COLOR DE ROSA

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA.

(Continuacion.)

— ¡Ja, ja, ja! ¡Qué tonto, se lo ha creído! exclamó Ascensita riendo como una loca.

— ¿Pues para quién llevas los claveles?

— Para mi padre, que le voy á hacer este regalo, porque hoy es mi santo.

— Tienes razon, que hoy es la Ascension del Señor, dijo Diego recobrando su habitual alegría. ¿Y á mí qué me vas á regalar?

— A tí una florecita de estas.

Y así diciendo, Ascensita cogió una flor de un calabazal que trepaba á la estacada, y añadió alargándosela á Diego:

La flor de la calabaza
Es una bonita flor,
Para dársela á los hombres
A la primera ocasion.

Diego tomó la flor de la calabaza, la arrojó al suelo y la pisoteó casi llorando de rabia.

La niña no tomó ya á risa el enfado de Diego, que se puso muy affligida y pesarosa de haberle causado,

— Mira, Diego, no te enfades, que ha sido chanza, le dijo casi llorando.

— ¿Enfadarme yo por eso? Estás muy equivocada. Tengo de sobra quien me dé claveles. Verás qué hermosos los llevo esta tarde al baile del nocedal.

— ¡Ya! de los de la huerta.

— No, de los de la huerta de Catalina.

— ¡Ay, Diego! no, no quiero que de Catalina ni de ninguna otra tomes claveles ni rosas, exclamó Ascensita saltándosele las lágrimas.

Diego se mantuvo serio. La niña arrancó del ramillete el clavel de onza, y se le alargó diciendo con infinita ternura:

— Toma este y perdóname.

— No le quiero, contestó Diego con un desden que ya me pareció crueldad.

Entonces la niña, tornándose encendida como los claveles que tenia en la mano, dió un beso al mismo clavel, le puso rápidamente en la mano de Diego, y echó á correr hácia su casa.

Al subir la escalerilla volvió la cara y vió á Diego ponerse el clavel en el ojal de la chaqueta, despues de llevarsele á su vez á los labios.

Aquella tarde, como todas las de los dias festivos, los viejos fuimos al nocedal á ver bailar á los jóvenes, y vimos que Diego, que otros dias sacaba alternativamente á bailar á Ascensita y Catalina, que tambien era chica muy guapa, solo bailó con Ascensita.

Diego tocaba muy bien la vihuela y cantaba, por lo cual la vihuela tocada por él, alternaba con la pandereta tocada por las muchachas.

Aquella tarde tocó varios corros y entonó varias veces esta canta (1):

El clavel que tú me diste
El dia de la Ascension,
No fué clavel, que fué clavo
Que me clavó el corazon.

Diego acompañó al anocheecer á Ascensita hasta la puerta de la casa grande, y al pasar por la de la ermita se descubrió la cabeza y se santiguó.

La niña no se burló de aquella piadosa demostracion.

¿Seria que entre la religion y el sentimiento que entonces dominaba su alma hubiese alguna relacion?

Yocreo que si, y en prueba de que no voy descaminado, voy á contarle á Vd.



S. M. MARIA LUISA AGUSTINA CATALINA, reina de Prusia. (Véase la página 291).

(1) Copla ó cantar.

misterios del alma de aquella niña, que la misma Ascensita me ha revelado más tarde.

No sé quién ha dicho en un libro que si no hubiera Dios habría que inventarle.

Diego quería á Ascensita; pero se divertía en hacerla rabiar, como nos divertimos en hacer rabiar á los niños que más queremos.

La madre que se entretiene en hacer rabiar á su hijo quitando el pecho de sus labios cuando con más ansia le coge, quizá se espantaría si viera todo el dolor que á la inocente criatura causa aquel juego al parecer inofensivo.

El amante que se divierte en hacer rabiar á su amada dando un clavel ó dirigiendo una lisonja á otra doncella, quizá se espantaría también si viese el dolor que este otro juego causa en el corazón de su amada.

El dolor que causa un golpe es proporcionado á la sensibilidad de la parte en que el golpe se recibe.

Usted que es muy aficionado á las coplas populares, recordará que hay una muy conocida que empieza:

Catalina me prendió.

Pues una noche de verano Diego se puso á tocar la vihuela en la solana de su casa, y para hacer rabiar á Ascensita, que le escuchaba desde enfrente, en toda la noche no salió del principio de aquella canta.

Don Rafael había ido á Bilbao, y al llegar á casa cerca de media noche, encontró á la niña llorando.

— ¿Qué tienes, hija? la preguntó.

— Padre, contestó Ascensita, no me lo pregunte usted, porque ni Vd. ni nadie del mundo puede remediarlo.

Don Rafael insistió en que su hija le dijese por qué lloraba, y al fin pudo averiguar que el dolor de la niña era porque Diego no la quería; y como conviniese en que está fuera del poder humano el remedio de este linaje de males, la niña exclamó con profundo desconsuelo:

— ¡Padre! ¡qué lástima que no haya Dios para pedirle consuelo cuando no se encuentra consuelo en los hombres!

También don Rafael tuvo que convenir en que era lástima que no hubiese Dios, y quizá le pesó entonces el haberle arrancado del corazón de su hija.

IV.

Catalina era realmente digna del amor de Diego, á quien quería por más que lo guardase oculto en lo más hondo de su corazón; pero Diego quería á Ascensita, y más de una vez le oyó Catalina cantar:

¿Cómo quieres que una luz
Alumbre dos aposentos.
Cómo quieres que yo adore
Dos corazones á un tiempo?

La pobre Catalina, que era tan modesta como hermosa, comprendía la razón que Diego alegaba en esta copla para no quererla, y se resignaba con su suerte guardándose de hacer uso de ninguno de los medios que encuentran siempre las muchachas, por inocentes que sean, para robar á sus rivales afortunadas el corazón de los hombres; pero así y todo, Catalina daba sin querer muy malos ratos á Ascensita.

Ascensita tenía celos de Catalina, y Diego se divertía en inspirárselos.

Hay en la iglesia parroquial de la aldea un altar de san Antonio que las muchachas adornan de rosas y claveles así que llega la primavera.

Un sábado por la tarde vió Ascensita á Catalina dirigirse á la iglesia con un hermoso ramo de flores y se encaminó tras ella.

Poco después Ascensita volvía á casa muy triste, y Diego la encontró en el nocedal.

— ¿De dónde vienes? le preguntó Diego.

— De la iglesia.

— ¿De cuándo acá tan cristiana?

Ascensita guardó silencio un momento.

— No lo sé, contestó al fin, y se echó á llorar.

— ¿Por qué lloras?

— Porque Catalina ha llevado un ramo de flores á san Antonio.

— ¿Y á ti qué te importa eso?

— Es que se lo habrá llevado para que la dé novio.

— ¿Y qué te importa que así sea?

— Es que el novio que habrá pedido al santo serás tú.

— Y aunque sea así, ¿qué te importa á ti si no crees en Dios ni en los santos?

— Es que... por si acaso.

Este «por si acaso» debió revelar á Diego que el ateísmo tiene su duda que puede conducir á la creencia, como la duda de la creencia puede conducir al ateísmo; pero Diego era aun muy joven, y no acertaba á explicarse ciertos misterios del alma que los viejos nos explicamos con mucha claridad.

Felizmente Dios está siempre hasta en el fondo de los corazones que más pugnan por apartarse de él, y jamás está allí en vano.

Aquella misma tarde, cuando el sol se iba ocultando tras los picos, pasó por la puerta de la casa grande con su herrada en la cabeza Isabel, que era otra muchacha de la edad de Catalina, y gritó:

— Ascensita, ¿vienes á la fuente?

Ascensita bajó inmediatamente, también con su herrada, y juntas se encaminaron á la fuente del Castañar.

Ascensita por lo visto no las tenía todas consigo con

san Antonio, pues por más que Diego le había dicho que el Santo bendito no se metía, como suponen las muchachas, á casamentero, estaba triste é inquieta.

Isabel, como Ascensita, tenía novio.

El novio de Isabel era un muchacho llamado Pepe, que si bien no la quería más que Diego á Ascensita, porque eso no podía ser, era menos aficionado que Diego á poner en práctica el adagio «quien bien te quiere te hará rabiar.»

— ¿Vamos á cantar? dijo Isabel.

— No tengo gana, contestó Ascensita.

— ¿Tienes penas?

— Sí que las tengo.

— Quien canta, penas espanta.

— Pero no penas como las mías.

— ¿Cuáles son las tuyas?

— Que Diego no me quiere.

— Anda, engañosa.

— No, que es de veras.

— Pues mira, yo sé un remedio para que los novios la quieran á una.

— ¿Cuál?

— Rezo una Salve á la Madre del Amor hermoso todos los días cuando tocan á maitines y otra cuando tocan á la oración, y Pepe me quiere mucho.

— Esas son tonterías.

— ¡Tonterías!... Reza tú las Salves y verás tú cómo Diego te quiere.

— Yo no creo en esas cosas de Dios y los santos.

— Anda, judía.

— Mejor, que lo sea.

Isabel y Ascensita guardaron silencio por algunos instantes.

— ¿Y no reñís nunca Pepe y tú?

— Nunca. En el baile del domingo y en las romerías con ninguna más que conmigo baila. Por la mañana cuando me levanto, encuentro siempre en la ventana una rosa ó un clavel que él me ha tirado al ir á las piezas. Por la noche, cuando viene de trabajar, nunca se va á casa sin pasar por la mía á verme. Cuando canta, siempre habla de mí en sus cantares. Cuando va á Bilbao, siempre me trae una cinta para el pelo. Cuando va al monte, nunca vuelve sin un ramito de tomillo ó un manojito de clavellinas ó siemprevivas para mí. Lo que yo digo ó lo que yo pienso le parece siempre lo mejor dicho ó lo mejor pensado. Si yo estoy triste, él lo está también. Y si yo estoy alegre, también él lo está.

— ¡Ay qué dichosa eres, Isabel! exclamó Ascensita llorando de envidia.

— Sí que lo soy.

En esto sonó el toque de oración, é Isabel, sonriendo de gozo, se santiguó y se puso á rezar.

— ¿Qué rezas? la preguntó Ascensita.

— La Salve á la Madre del Amor hermoso. Rézala tú también y verás.

— La rezaré por si acaso...

Ascensita empezó á rezar, pero se interrumpió en seguida exclamando:

— ¡Eh, yo no quiero creer esas tonterías!

— Pues hija, para tí será lo peor, que no te querrá Diego.

Isabel continuó rezando, y mientras rezaba, un gozo inefable se reflejaba en su dulce rostro, como si su corazón se comunicase en aquel instante con un poder sobrenatural que le prometía las dichas supremas de la tierra y del cielo.

Ascensita entre tanto guardaba silencio, inclinando tristemente la cabeza y revelando en su rostro el desconsuelo de la desesperación, hasta que prorumpiendo en llanto exclamó con un dolor que en vano tratarían de describir plumas ni pintar pinceles:

— ¡Por qué no tendré yo para consolarme esas supersticiones y esas tonterías que tan felices hacen á otras!

V.

Isabel, apenas se separó de Ascensita á la puerta de la casa grande, encontró á Diego que volvía de trabajar de las llosas.

— Oye, Diego, le dijo Isabel: Ascensita ha ido conmigo á la fuente, y hemos hablado mucho de tí.

— ¿Y qué habeis dicho?

— Que eres un descastado.

— ¿Por qué?

— Porque haces desesperar á la pobre Ascensita.

— Quien bien te quiere te hará llorar.

— Diego, por Dios, déjate de chanzas, que la pobre chica se va á morir de pena si sigues así. Tú no sabes lo que ha llorado en el Castañar.

— ¿De veras?

— De veras.

— ¿Pues por qué?

— Porque cree que no la quieres.

— Pues hace mal en creerlo.

— Pues si la quieres, ¿por qué aparentas lo contrario?

— Por divertirme.

— Por Dios, Diego, deja esa diversion, porque si vosotros los hombres vierais la herida que hace en nuestro corazón lo que apenas hace impresión en el vuestro, tendríais profunda lástima de nosotras. ¿No veis que para nosotras todas las dichas del mundo se encuentran en el amor, al paso que para vosotros los hombres el amor es una de las mil dichas á que podeis aspirar en el mundo?

— Tienes razón, Isabel, y me alegro de que me lo recuerdes, contestó Diego abandonando el tono chancero que le era habitual. Te aseguro que quiero á Ascensita tanto como Pepe me ha dicho que te quiere á tí.

Isabel se sonrió de gozo al oír estas últimas palabras, y despidiéndose de Diego continuó su camino pensando con deleite y enternecimiento en Pepe.

Era ya completamente de noche cuando Diego llegó á su casa.

— ¡Pobre hijo mio, qué cansado vendrás! le dijo su madre.

— Verá Vd. qué pronto echo penas y cansancio al aire con un par de cantas que voy á entonar en la solana.

— Harás bien, hijo.

Canta y no llores
Que cantando se alegran
Los corazones.

— Mientras tú cantas voy á acabar de arreglar una cenita que te vas á chupar los dedos tras ella.

La noche estaba hermosísima.

La luna llena brillaba en un cielo tan azul como los ojos de Ascensita.

Las rosas y los claveles brotaban por todas partes, así en la huerta de Agustina como en la de don Rafael, y los frutales estaban unos cargados de flor y otros cargados de fruta.

El suave ambiente de la noche parecía complacerse en embalsamar la solana con todos los perfumes de la huerta.

Diego se sentó en un extremo de la solana alumbrado por la luna, cuyos rayos no interceptaba por aquel lado el follaje de las parras.

En la solana de la casa grande, oscura porque allí no daba la luna, descubrió Diego un bulto que no dudó fuese Ascensita.

Diego tomó su vihuela y empezó á cantar la copla:

El clavel que tú me diste
El día de la Ascension.

El bulto de la solana de enfrente empezó á moverse.

Diego entonó en seguida con dulce y sentido acento esta otra canta:

Emperatrices y reinas
Por tí despreciara yo,
Que tú solita, solita
Reinas en mi corazón.

Y el bulto de la solana salió á luz, es decir, bajó á la huerta donde daba la luna, y adonde bajó también Diego, porque el bulto atraído por sus cantares era aquel montoncito de rosas y de azucenas que llevaba el nombre de Ascensita.

Diego y Ascensita habían llegado á ser novios como se llega á ser amigos, sin preguntas ni respuestas, sin convenio previo, porque sale de dentro, por instinto, porque sí. Nunca se habían preguntado «¿me quieres?» y la razón es muy sencilla: á Diego no le había ocurrido nunca esa pregunta, porque nunca le había ocurrido que Ascensita pudiera no quererle, y Ascensita no se había atrevido á hacerla, porque Diego no se la había hecho á ella.

Ascensita se despepitaba por dirigir á Diego un ¿me quieres?

Sin un me quieres, ¿qué es el amor?

Sábenlo todos los que han querido, que son todos los que han nacido.

— Ascensita, ¿estás llorosa?

— Sí que lo estoy, Diego.

— ¿Por qué has llorado?

— Porque sí.

— ¿No sabes que yo te quiero?

— ¿Me quieres? ¿me quieres?

La niña, como vemos, echaba á pares los ¿me quieres? para desquitarse de tantos y tantos como había tenido en la puntita de la lengua sin atreverse á dejarlos pasear por sus labios de clavel.

— Te quiero más que á mi vida,
Mas que á mi padre y mi madre,
Y si no fuera pecado
Mas que á la Virgen del Carmen,

contestó Diego estrechando contra su pecho la linda cabcita de la niña.

— Hijo mio, vamos á cenar, dijo Agustina apareciendo en la solana.

— Allá voy, madre, contestó Diego.

— De veras, Diego, ¿me quieres? volvió á preguntar Ascensita.

— Mas aun que Pepe á Isabel, contestó Diego; y echó á correr hácia donde le esperaba su madre.

Don Rafael, entre tanto, leía á Voltaire y no se cuidaba de su hija, porque por lo visto entraba también en sus ideas el dejar á las niñas que se las campaneen á su gusto.

Ascensita, llorando no ya de dolor sino de alegría, trepó por la escalerilla de la solana, y se apoyó en la baranda dirigiendo la vista primero al horizonte y luego al cielo, como si la tierra fuese elemento impuro y mezquino para el sentimiento que agitaba su corazón.

Hombres y mujeres que enferman y mueren; flores que se deshojan; tierra que sustenta reptiles venenosos; ríos y fuentes que se enturban y se agotan; árboles que se secan, todo esto que constituye el elemento en que vivimos, parecía mezquino y deleznable á la niña enamorada, que sin explicarse por qué, aspiraba á otra esfera más dilatada, más alta, más bella, más indefinible, más etérea, mas en consonancia con el sentimiento que dominaba su alma.

Si, como Isabel, hubiera creído en Dios y hubiera visto á la Madre del Amor hermoso interponiendo su santa influencia en sus virginales amores, ¡qué inmenso, qué celeste placer, Dios mio, hubiera experimentado doblando la rodilla y exhalando su alma enamorada hácia aquel cielo azul tachonado de luceros!

La niña no creía en Dios, y entonces comprendía cuán triste es, así en el exceso del dolor como en el exceso del placer, no poder exhalar el alma en un — ¡Dios mio!...

VI.

Una tarde al ponerse el sol estaban don Rafael y Ascensita en el balcon.

Don Rafael leía sentado un libro que le llaman *las Ruinas de Palmira*, y Ascensita de pecho á la baranda del balcon, miraba atentamente hácia el camino de Bilbao, como si esperase impaciente que alguien asomase por allí.

Agustina pasó por debajo del balcon con su herrada en la cabeza.

— Buenas tardes, hija, dijo á Ascensita, porque la quería mucho.

— Buenas tardes, aña. ¿Va Vd. á la fuente?

— Sí, voy á ver si traigo agua fresca, porque con el calorazo que hoy ha hecho, aquel pobre vendrá muerto de sed.

— Mucho tarda en venir.

— Ya no debe tardar. ¿Le esperas con impaciencia?

— Sí que le espero.

— Pues, hija, júntate conmigo.

Agustina continuó su camino sintiendo una especie de gratitud hácia la niña, porque esta participaba de su impaciencia por la vuelta de Diego.

— Ya no veo bien sin las antiparras, dijo don Rafael cerrando el libro, levantándose y yendo á apoyarse en la baranda del balcon al lado de su hija.

— ¿Estaba Vd. leyendo *las Ruinas*? le preguntó Ascensita.

— Sí, y nunca me canso de leer este libro.

— A mí también me gustaba mucho; pero ahora ya no me gusta tanto.

— ¿Porqué?

— ¡Qué se yo!

— Dentro de poco lo que te va á gustar á tí es el *Floax Sanctorum* que lee el bobo de Diego á la santurrón de su madre.

— El *Floax Sanctorum* no, pero el *Genio del cristianismo* y *los Mártires* que también lee Diego, me gustan ya mas que *las Ruinas*.

— ¿Y de cuando acá no te gustan *las Ruinas*?

— Desde que me da rabia el que todo muera cuando una se muere.

— ¿Y qué importa que así suceda?

— Cuando Vd. se muera quedará sola en el mundo...

— Sola, no, porque te dejaré medio millon, que es la mejor compañía. No la tienen tan buena Isabel y Catalina y otras que son huérfanas y pobres.

— Sí, pero esas creen que aunque su madre haya muerto las ve y las oye y vela por ellas, y cuando tienen una gran aflicción invocan á su madre y así se consuelan.

— Vaya, vaya, hija, no seas tonta como ese atajo de fanáticos que nos rodea.

Estas palabras no bastaron á consolar á Ascensita que continuaba muy cavilosa mirando hácia el camino de Bilbao, por donde asomó un jóven que caminaba á paso redoblado, en mangas de camisa, con la chaqueta cruzada á modo de bandolera, la boina encarnada de medio lado, un palo de acebo adornado de caprichosos dibujos hechos por medio de la combustion, colocado horizontalmente bajo la nuca, y los brazos tendidos sobre el palo formando cruz.

Aquel jóven era Diego.

Todas las melancolías y las cavilaciones de Ascensita desaparecieron cuando esta le vió.

Diego en vez de entrar en su casa pasó de largo y se dirigió á la de don Rafael.

Ascensita corrió á su encuentro á la escalera con la dulce esperanza de que la trajera y le diese á escondidas alguna de aquellas dulces y sencillas finezas que Isabel le habia dicho que solia traerle su novio.

La esperanza de Ascensita no era vana; Diego la traía un librito preciosamente encuadernado, cuya portada se apresuró á examinar la niña, leyendo en ella: *el Alma desterrada*, por Ana María.

El alma desterrada es la leyenda mas delicada y bella que la musa cristiana ha producido.

Allá en las comarcas bíblicas hay una casta doncella que muere dejando sumidas en profundo dolor á su madre y á sus compañeras.

Su santa madre pide al Señor que renueve el milagro que arrancó del sepulcro á Lázaro, y la doncella vuelve á la vida, pero su alma está eternamente triste, porque habiendo morado en el cielo, se considera desterrada en la tierra.

Tal era, sumarísimamente contada, la leyenda que Diego ponía en manos de Ascensita, persuadido de que el santo perfume de religion y poesia que exhala aquel admirable libro, habia de penetrar tarde ó temprano en el alma de la niña.

La alegría que á Ascensita produjo aquel regalo, se turbó repentinamente cuando la niña observó que Diego venia triste.

— ¿Qué tienes, Diego? preguntó la niña con ansiedad.

— Traigo para tu padre una carta, que segun me ha

dicho el que me la ha dado, contiene la noticia de una desgracia que ignoro.

Diego entregó la carta á don Rafael, y este apenas pasó la vista por ella se dejó caer en un sillón blasfemando de Dios y de los santos.

Don Rafael creía en Dios y en los santos cuando blasfemaba de ellos.

Algo es algo.

En la carta que habia traído Diego se le decia que la casa de comercio en que tenia todo su capital, habia quebrado, y cuando mas, los acreedores á la quiebra solo cobrarían un cinco por ciento de sus valores.

Al dia siguiente fué don Rafael á Bilbao, y volvió quebrantado de dolor con la certidumbre de que estaba arruinado.

Apenas llegó se acostó, y dos dias despues le llevaron á enterrar.

Antes de morir pidió que fuese el señor cura á confesarle, y como Ascensita se admirase de esta peticion, don Rafael la dijo haciendo un esfuerzo para sonreír:

— Hija, lo que se usa no se excusa.

Así se mostró á su hija por fuera. ¡Quién sabe cómo se mostraria á Dios por dentro!

A mas de un confesor he oído yo asegurar que entre las mentiras de que se han acusado sus penitentes, figura la de haber dicho que no creían en Dios cuando creían á piés juntillas.

Si es horrible la hipocresía de la virtud, ¡qué horrible, Señor, debe ser la hipocresía del vicio!

VII.

Ascensita vestia aun luto por su padre.

También le llevaba en el corazon, porque sus ojos se llenaban con frecuencia de lágrimas y sus mejillas habian trocado su color de las rosas por el de las azucenas.

Ascensita se encontraba sola en ese caseron donde algunos meses antes, si tenia penas, tenia un padre que la quería y la mimaba, y criados que por amor ó por interés la halagaban y la servian.

Ya por única compañía y único servidor tenia á una pobre mujer á quien con dificultad podia dar un miserable salario.

Ascensita, á quien su padre esperaba dejar feliz dejándola rica, era muy pobre y muy infeliz.

Ni aun los santos consuelos que la fe proporcionaba á aquellas huérfanas cuyas supersticiones habia envidiado mas de una vez, tenia la pobre Ascensita, porque la incredulidad que su padre habia sembrado, habia echado profundas raices, y si la luz de la fe brillaba un momento en aquella alma extraviada, pronto se amontonaban en torno de ella las sombras de la duda.

Cuanto mas desgraciada era Ascensita, mas necesidad tenia de creer.

En un cuarto de su casa habia un armario lleno de libros que miraba con profundo hastío, porque no encerraban nada de lo que buscaba su corazon.

Mas de una vez tuvo intenciones de arrojarlos al fuego; pero desistió de ello porque si no encerraban la fe que necesitaba su alma, encerraban el recuerdo de su padre.

En cambio leía, sin cansarse nunca de él, otro libro en cuyas páginas hallaba un consuelo inexplicable: era *el Alma desterrada*.

¿Creía Ascensita la maravillosa historia narrada por Ana María?

A Agustina y á Diego decia que no, y se lo decia con sinceridad; pero sin saberlo creía en aquella historia, en aquel cielo lleno de santas delicias y en aquella resurreccion.

Libro en que no se cree, no se lee nunca con gusto.

Diego y Ascensita se querian mas que nunca.

Diego quería á Ascensita porque la veía desvalida y triste, y Ascensita quería á Diego porque en su corazon encontraba el único refugio.

Diego deseaba unirse pronto con la compañera de su infancia; pero no se atrevia á decirselo á su madre.

Yo no sé lo que serán los mozos en otras provincias de España, porque lo mas que me he alejado de estos valles es á Valladolid, donde muy jóven aun estuve dos años estudiando, y no estuve mas porque murió mi padre y tuve que abandonar los estudios para volver á consolar y ayudar á mi madre; no sé lo que serán los mozos campesinos en otras provincias, pero en esta, á Dios gracias, las costumbres se conservan tan puras, que el pudor no es patrimonio exclusivo de las doncellas.

Era la víspera de la Ascension, y Diego y Agustina estaban comiendo.

— Hijo, ¿qué tienes que estás triste y apenas comes? preguntó Agustina á Diego. ¿Estás malo?

— No, madre.

— ¿Has reñido con Ascensita?

— No, señora.

— Pues tú por algo estás triste.

Diego calló.

— ¿Porqué estás triste, hijo mio?

El muchacho se puso muy colorado y contestó:

— Madre, mañana por primera vez en su vida pasará Ascensita sola y triste el dia de su santo.

— Triste le pasará, porque es huérfana y desgraciada; pero sola no, porque yo la haré venir á pasar el dia con nosotros.

(Se concluirá.)

La coronacion del rey de Prusia.

Königsberg 21 de octubre.

No hay necesidad de decir que Königsberg está de fiesta. La antigua ciudad recuerda no sin orgullo sus antiguos privilegios. Si ya no es la primera capital del reino (1), se enorgullece de haber sido la cuna de una dinastía real ilustrada por Federico, y de un Estado que tan rapidamente ha venido á ser una de las grandes potencias de la Europa. En suma, se muestra alborozada porque puede prestar aun sus antiguas tradiciones y sus viejos monumentos para la coronacion del rey de Prusia.

La ciudad de Königsberg es muy curiosa para los viajeros, aun despojada de su aparato de fiesta. Es un conjunto pintoresco de casas de todos los estilos y de todas las formas, de monumentos de todos los tiempos, entre los cuales algunos tienen un notable carácter de grandeza. Hoy las casas están cubiertas de guirnalda de follaje. La gente ocupa todas las calles. Las brillantes libreas, los uniformes y los trajes pertenecientes á distintos países y á empleados de toda clase, excitan vivamente la curiosidad pública y dan margen á muchos comentarios.

La cuestion de preferencia entre las distintas embajadas extraordinarias ha sido arreglada en conformidad á la anterioridad de la llegada de las mismas á Königsberg. Por este orden han resultado colocadas en la siguiente forma: embajada de España, el duque de Osuna; embajada del rey Víctor Manuel, el general de la Roca; embajada de Inglaterra, lord Clarendon; embajada de Francia, el general Mac-Mahon. El Austria, la Rusia y la Bélgica se hicieron representar por individuos de sus familias imperiales y reales. En cuanto los embajadores llegaron á Königsberg, fueron admitidos solemnemente á presentar al rey sus credenciales.

Algunos dias antes de la ceremonia de la coronacion, el rey cruzó á varios nuevos caballeros del Aguila Negra, la primera orden de Prusia.

Los miembros de la orden reunidos en el salon del Trono y presididos por el rey en persona, se constituyen en sesion solemne; el agraciado es introducido, se arrodilla delante del gran maestro, jura observar los estatutos de la orden y recibe la acolada del rey, quien le entrega el collar y el manto de terciopelo encarnado forrado de seda violeta. Revestido de sus insignias, el nuevo caballero da entonces una vuelta por el salon, recibiendo las felicitaciones de todos los presentes (véase nuestro dibujo).

Despues que se hubieron llevado al palacio todas las banderas, el rey dirigió la siguiente alocucion á los generales y jefes de los regimientos:

«Os he reunido aquí para asistir á una fiesta que pertenece á las mas raras de la historia. Semejante hora no llega sino despues de haber sido precedida por un gran luto, y en efecto un luto semejante ha conmovido profundamente todos los corazones del país. Ahora dirigimos nuestros ojos con confianza hácia el cielo, con la esperanza de que bendecirá y protegerá á la Prusia. Un espectáculo como el que hemos tenido hace un instante no se ha visto nunca y no se volverá á encontrar fácilmente. He reunido las banderas y os he reunido á vosotros, señores, como á los principales generales del ejército y á todos los jefes de los regimientos para ser testigos en nombre del ejército de la importante solemnidad que vamos á celebrar. De las manos de Dios me ha llegado á mí la corona, y cuando la he tomado sobre el altar para ponerla en mi cabeza, su bendicion deberá conservármela.

» El ejército está llamado á defenderla, y los reyes de Prusia jamás han visto quebrantada su fidelidad. El ha sido quien en dias de tormentas nefastas ha salvado recientemente al rey y á la justicia, y les ha devuelto la seguridad. Yo tambien cuento con esa fidelidad y esa adhesion si debiera apelar á ellas contra enemigos, de cualquiera parte que pudiesen venir. Con esta firme confianza os doy la mano como rey y como jefe militar, á vos, señor feld-mariscal, por todos aquellos que están presentes, por todos vosotros á quienes encierro en mi corazon.»

El feld-mariscal baron de Wrangel respondió en estos términos:

«Nos enternecen profundamente las palabras del rey

(1) Königsberg, cabeza de partido de la provincia de Prusia, y en particular de la Prusia oriental, tiene el título de segunda capital del reino. Es cabeza de partido de una regencia.

En 1225 el rey de Baviera aconsejó á los caballeros teutónicos, sus aliados, construir un castillo fuerte. Se erigió y recibió en honor suyo el nombre de *Königsberg*, es decir, *Monterreal*: en polaco *Królewicz*, ciudad real. Tiene 16 kilómetros de circunferencia, pero este espacio se halla cubierto de jardines y de estanques, y no contiene mas de 80,000 habitantes. Es plaza fuerte de primera clase, reformada en 1853.

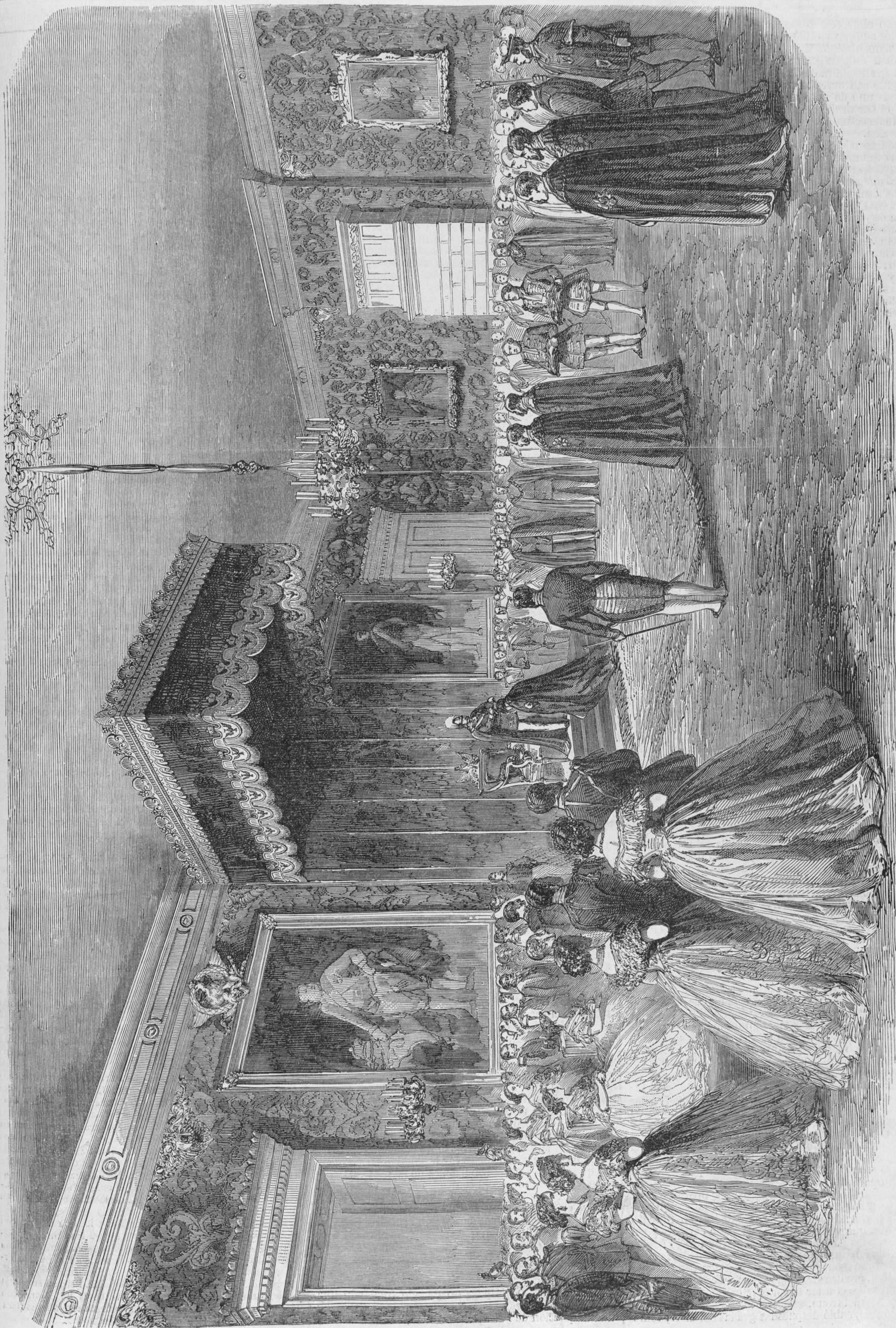
Uno de sus mas agradables distritos es el Kneipof, construido sobre el rio Pregel. Sus principales monumentos son: el castillo, desde el que se goza la vista mas hermosa y pintoresca sobre el Frische hupp y sobre la ciudad, la catedral (dom), edificio gótico de hermosísima estructura y otros varios.

El puerto no tiene mas que cuatro metros de profundidad, y los grandes buques que á él llegan se ven obligados á aliarse: esto no impide que sea muy activo su comercio, sobre todo el de exportacion, porque es uno de los primeros graneros de Europa.

En Königsberg habita el superintendente evangélico, el solo de los prelados prusianos que tiene el título de arzobispo. Es patria del ilustre filósofo Kan, de Simon Bascha, de Haman y de Werner.



ENTRADA DEL REY Y DE LA REINA DE PRUSIA EN KOENIGSBERG; PASO DE SS. MM. POR LA LANGE GASSE,



CORONACION DE S. M. EL REY DE PRUSIA. GRAN CAPITULO DEL ÁGUILA NEGRA; RECEPCION DE CABALLEROS.

así como el aspecto de las banderas y los estandartes reunidos aquí en crecido número. Pero no damos gracias solamente á V. M. por haber sido llamados como testigos á esta importante solemnidad, sino también por la grande obra de V. M., el aumento del ejército, y me siento con derecho para decir en nombre de todos que cada uno de nosotros arde en deseos de probar su gratitud por medio de actos.»

El 18 de octubre tuvo lugar la gran ceremonia de la coronación.

Desde las siete de la mañana las campanas de las iglesias anunciaron el principio de la fiesta, los fuertes hicieron una salva de 101 cañonazos; de ocho á nueve se celebró una misa en la iglesia católica; al terminarse esta, el clero católico fué conducido por un maestro de ceremonias á la tribuna que se le había reservado en la iglesia de palacio.

A las diez la comitiva real salió de las habitaciones del rey por el orden siguiente: un piquete de la primera compañía del primer regimiento de la guardia de infantería con su música; dos heraldos con jubon encarnado y capote con mangas cortas, de paño azul sembrado de estrellas de plata, y botones con corona en la parte superior; los pajes de los príncipes de la familia real, del príncipe real y del rey, acompañados de su gobernador: visten de encarnado con galones de plata; dos maestros de ceremonias; los gentiles-hombres de la cámara real, dos maestros de ceremonias; los chambelanes del rey; dos chambelanes haciendo veces de mariscales; los empleados hereditarios de la corte en las diferentes partes de la monarquía, etc., etc.; el heraldo del reino llevando el bastón de plata; los jefes presidentes de las ocho provincias; los generales en jefe que mandan las ocho provincias; los primeros presidentes del consejo de la Iglesia evangélica y del tribunal de cuentas; los ministros del rey; los heraldos de la orden del Águila Negra; los titulares de los altos empleos de palacio que no desempeñan sus destinos; el gran maestro del guarda-ropas llevando el manto real sobre una almohadon de terciopelo encarnado (este manto, de terciopelo púrpura, está sembrado de coronas de oro y de águilas negras y forrado de armiño); el gran mariscal de palacio, el conde de Pückler y el gran maestro de ceremonias, el conde Stellfried de Alcántara, precediendo las insignias de la corona; el sello del reino sobre un almohadon de llama de plata, llevado por el canciller de Prusia; el globo sobre un almohadon de llama de plata, llevado por el gran maestro de Prusia; la espada real, llevada por el gran burgrave de Prusia; el cetro, en un almohadon de llama de oro, llevado por el gran mariscal de Prusia; la corona sobre un almohadon de llama de oro, llevada por el general príncipe Guillermo Radzivil, el gran mariscal del bastón.

El rey, con uniforme de gala de general, y con manto de terciopelo encarnado forrado de raso azul, de la orden del Águila Negra; al lado de S. M. y un poco á su espalda, los comandantes del primer regimiento de la guardia de infantería y de los guardias de corps con las espadas desenvainadas; el camarero mayor y ministro de la casa del rey; el caballero mayor y el coopero mayor; los ayudantes de campo y el servidumbre militar del rey formados en carrera cerca de S. M.; la bandera del reino llevada por el feld-mariscal general, baron de Wrangel; el príncipe real, los príncipes de la casa real y los caballeros del Águila Negra, con el manto y collar de la orden; los generales de los cuerpos de ejército y de division; el consejero íntimo del gabinete y los ayudantes de los príncipes.

En seguida iba la servidumbre de la reina; los pajes de las princesas y de la reina; los chambelanes de la reina; el manto real (parecido al del rey, pero sin la valona), llevado por el conde Dohna; la corona, llevada en un almohadon de llama de oro; el gran maestro de la casa de la reina; la reina. S. M. llevaba un vestido de raso blanco y de encajes, con cola de llama de plata sostenida por cuatro damas; al lado de la cola iba la camarera mayor de S. M.; los chambelanes de las princesas; la princesa real y las demás princesas de la real familia, acompañadas de sus damas y camaristas; los pajes y una seccion de la guardia.

La ceremonia religiosa fué imponente.

En el momento que el cortejo, saliendo de las habitaciones, aparecía en lo alto del estrado real, la banda de la música de la Guardia empezó á tocar la *Marcha de la coronación*, compuesta para esta circunstancia por Meyerbeer. Esta marcha produjo un efecto que armonizaba con la solemnidad, pues es grave y magistral como todas las composiciones del ilustre maestro.

Sus Majestades fueron saludadas por la multitud reunida en la calle con frenéticos hurras, que resonaban hasta la iglesia, y cuando entraron en la santa morada fueron recibidas por un numeroso clero protestante que les precedió delante el altar. Reinó un silencio profundo desde aquel momento, y luego que el rey y la reina tomaron asiento delante del trono y que el cortejo se colocó en torno suyo, se dió principio á la funcion religiosa.

Dijo la liturgia M. Suetlage, primer predicador del rey, y para la ejecucion de los cantos se habian hecho venir de Berlin los cantores de la catedral en número de ochenta, que vestian túnicas de paño carmesí y estaban dirigidos por M. de Hertzberg. Pronunció el sermón M. Hoffmann, superintendente general de la provincia de Brandeburgo, y la consagracion fué recitada por M. Moll, predicador del ejército. Después del sermón colocaron sobre el altar la corona, el cetro y el globo.

El rey bajó del trono, se acercó al altar, donde se puso el manto real, subió después las gradas del altar, tomó

la corona y se la puso en la cabeza. Después de una breve oracion S. M. tomó el cetro que levantó hácia la concurrencia, tomó el globo, y al dejarlo, empuñó la espada, que devolvió en seguida al pastor. Cuando bajó del altar, mandó que trajeran la corona á la reina.

Esta bajó del trono, se acercó al altar donde se cubrió con el manto real, y el rey la ciñó la corona. El rey y la reina se arrodillaron y recibieron la bendicion. El tañido de las campanas y el estampido del cañon anunciaron este acto á la capital. Cuando volvieron á sus asientos, SS. MM. recibieron las felicitaciones de los príncipes y las princesas, y el príncipe y la princesa real besaron las manos á su padre y á su madre, que les besaron en ambas mejillas.

Después de ellos fueron admitidos al besamanos los demás príncipes y princesas de la familia real. El coro entona el *Te Deum*, durante el cual el cortejo se pone en marcha para salir de la iglesia con el mismo orden que antes y volver al palacio en medio de las mas entusiastas aclamaciones. Todo el mundo elogiaba la nobleza y el bizarro aspecto de los coronados esposos, y en efecto, las insignias de su dignidad daban mayor realce á la estatura imponente del rey y á la gracia de la reina.

Cuando la comitiva llegó á la galería que atraviesa el palacio, el rey y la reina fueron saludados con entusiastas vítores, y la música ejecutó nuevamente la marcha de Meyerbeer.

Al entrar la comitiva en palacio, el aspecto que ofrecía el patio era digno del pincel de un gran pintor. La multitud compacta que hasta entonces habia ocupado hasta la última pulgada del espacio que dejaban libre las personas oficiales; este cuadro grandioso de banderas, estandartes, colgaduras de seda recamadas de oro y emblemas de toda clase; las tropas, cuyos brillantes cascos se destacaban en medio de los ricos trajes de la corte; el rey y la reina adornados con la corona y las insignias reales; los trajes y uniformes de variados colores; el oro, los diamantes y las piedras preciosas que se veian brillar en todas partes; toda esta brillante comitiva, repito, que se dirigia á la monumental escalera y subia lentamente sus gradas que terminan en el primer piso, produjo en los espectadores un efecto cuyo recuerdo será indeleble.

Al llegar al extremo de la escalera el rey se volvió, y á los vítores de que era objeto, contestó inclinándose tres veces el cetro hácia el pueblo. Luego S. M. esperó á la reina, y acompañados de sus respectivas comitivas, Sus Majestades entraron en el salon del trono. Allí después de haber tomado asiento en el sôlo, rodeado de los dignatarios, el rey dió la orden de que se introdujese al clero católico, que fué á ofrecer sus homenajes á Su Majestad; el cardenal arzobispo de Colonia tomó la palabra para asegurar al rey la invariable fidelidad del clero hácia S. M. y real familia. En seguida felicitaron al rey los príncipes de las familias que en otro tiempo fueron soberanas.

Entre tanto se levantó el trono debajo del dosel que da á la escalera principal de palacio.

Los individuos de las dos Cámaras, los delegados provinciales, el clero de ambos cultos y demás testigos invitados ocuparon el sitio destinado en las galerías que habia al pié de la escalera.

Terminada la recepcion de palacio, el rey acompañado de los eclesiásticos, ministros y dignatarios, fué á sentarse en el trono. Su Majestad llevaba manto real y corona, y tenia en la mano el cetro y el globo.

Sucesivamente se adelantaron tres oradores hasta el pié de la escalera para felicitar al rey; el príncipe de Hohenzollern en nombre de la Cámara de los señores; M. Simson en nombre de la Cámara de diputados, y el conde de Dohna-Lanck en nombre de los delegados de las provincias, á cuyos discursos contestó S. M. con el siguiente:

« Los reyes de Prusia llevan hace ciento sesenta años la corona por la gracia de Dios, y yo soy el primer rey que ha subido al trono desde que ha sido rodeado de instituciones conformes al espíritu de la época. Pero acordándome de que la corona solo procede de Dios, ha prestado testimonio haciéndome coronar en un lugar sagrado de que la he recibido de sus manos. Sé que las oraciones de mi pueblo me han rodeado en este acto solemne para que la bendicion del Todopoderoso se extienda sobre mi gobierno.

El amor y la adhesion que me han manifestado desde mi advenimiento, y que en el momento actual se demuestran de un modo solemne, me garantizan de que en todas las circunstancias podré contar con la fidelidad, la adhesion y los sacrificios de mi pueblo. Lleno de confianza en estos sentimientos, he podido dispensar á mi pueblo fiel del antiguo juramento tradicional de fe y homenaje. Las benévolas pruebas de este amor y de esta adhesion que me han dado recientemente en una circunstancia fatal han confirmado mi confianza. ¡Quiera la divina Providencia conservar largo tiempo en nuestra querida patria las bendiciones de la paz! Mi esforzado ejército la protegerá contra los peligros exteriores. La Prusia quedará preservada de peligros interiores, porque el trono de sus reyes permanecerá inquebrantable en su poder y en sus derechos, si subsiste la union entre el rey y el pueblo, que constituye la grandeza de la Prusia. Colocados en la senda del derecho jurado, podemos resistir los peligros de una época agitada y todas las tempestades que pueden estallar. Sea así la voluntad de Dios. »

El ministro leyó después un decreto fundando una gran cruz del Águila Roja, una orden de la Corona y una ampliacion de la de Hohenzollern, otro decreto de

amnistía y otros varios concediendo condecoraciones.

A las dos la artillería anunciaba que habia terminado la ceremonia, que será notable en los anales de la corte de Prusia. Por la tarde á las cinco, los príncipes extranjeros y el cuerpo diplomático comieron con el rey. A las cinco y media dióse en la sala *moscovita* un gran banquete de mas de 800 cubiertos, al que asistieron los individuos de ambas cámaras, y los altos empleados civiles y militares.

P. P.

Revista de Paris.

En Paris apenas existen las transiciones atmosféricas; se pasa casi de repente el polvo á la lluvia, de los dias largos y sofocantes á los dias cortos, frios y nebulosos: hoy, segun el calendario, estamos en otoño, pero considerando la realidad, nos hallamos en medio del invierno, un invierno húmedo, sombrío, helado, sin esperanzas de pasar al otro extremo de la temperatura hasta el mes de mayo próximo. Así los parisienses se apresuran á volver á sus hogares, y animan con su presencia las diversiones nocturnas; los teatros se llenan de gente después de las largas vacaciones que han tenido este verano, y se habla ya de bailes y reuniones. Lo que mas llama la atencion á los recién llegados, es el aire eminentemente inglés que ha tomado Paris desde la aplicacion de los tratados de comercio con la Gran Bretaña. A porfia se han abierto tiendas donde se venden artículos ingleses, ó llamados así por los industriales indígenas que, como dice el *Times* con cierto fundamento, se han consagrado este año á fabricar toda clase de objetos extravagantes, sobre todo en el ramo de telas para vestir, contando con hacerlos pasar por mercadería inglesa. El periódico de Londres clama contra esta superchería industrial que tiende á ridiculizar á su nacion, y en el ardor de la filípica que dirige con este motivo á los franceses, deja escapar la idea de que hasta cierto punto sus mismos compatriotas son los que tienen la culpa, por el descuido de que hacen alarde en el extranjero los que son en su pais tan severos y tan fanáticos en punto á la etiqueta.

La confesion del *Times* no puede ser mas verídica; pero ni esta reconvenccion tan motivada ni las caricaturas de Cham ó de Gavarni impedirán que el inglés, que efectivamente aun estando solo en el seno de su familia, se presenta en la mesa vestido de ceremonia, y de corbata blanca en el teatro, cuando llegue al continente asista á una funcion de los Italianos en traje de cazador de fantasía, y que las señoras de Londres se paseen por las calles de Paris con una manta de caballo á guisa de pañuelo, y un sombrero diminuto hasta perderse de vista ó desarrollado como aquellas famosas *tarantulas* que se usaron en tiempo del primer imperio. El inglés es inaccesible á estos ataques.

Pero ahora queremos preguntar al *Times*: ¿porqué han de corregirse sus compatriotas cuando justamente en lo que tienen de mas ridiculo y exagerado es en lo que encuentran mas imitadores? ¿No vemos que la suprema elegancia parisiense se empeña en copiar sus modas? ¿Hay nada de mejor tono que el aire inglés? En otro tiempo el francés, hombre comunicativo por excelencia, conversaba gustoso con su vecino en un ferro-carril, en un teatro, en una mesa redonda; hoy los imitadores, la Legion británica, no saluda jamás á quien no conoce, afecta modales orgullosos, se viste rigurosamente á la inglesa y no se ocupa formalmente sino de las carreras de caballos. Tal es la moda del dia, esta moda cunde, y de aquí la trasformacion que se nota en Paris, agravada actualmente por la inundacion de artículos de vestir que procedentes de Inglaterra ó fabricados en Francia, tienen todos y bien señalada la marca de su origen.

En el último número del *Courrier du Dimanche*, M. A. Assolant contaba largamente una historia dolorosa que es sin duda una ficcion, pero que muy á menudo puede ser una realidad en Paris donde es tan difícil que una mujer pobre pueda vivir honradamente. Vamos á hacer aquí un rápido análisis de esa triste existencia.

Carolina es hija de un capitán muerto en Africa y cuya viuda posee por toda fortuna una escasa pension y el menguado producto de un estanco en un pueblecillo de provincia.

Sin embargo, la niña recibe una educacion completa con el mayor aprovechamiento.

Al salir del colegio, Carolina tiene que ayudar á su madre á vender cigarros, y á pesar rapé en una tiendecilla donde su hermosura atrae en breve á la muchedumbre.

Dos oficiales, uno de caballería y otro de infantería, la hacen la corte, y el primero la escribe. Carolina, sin decir una palabra, arroja al cesto la carta, que trasformada en un currucho de tabaco llega á manos del segundo.

Este, gozoso con el percance de su rival, le hace una cancion que viene á producir un desaffo. Un hombre queda medio muerto, y dan á la jóven la responsabilidad, — no obstante su completa inocencia en el asunto.

Muere su madre, y Carolina, viéndose mas expuesta aun en su aislamiento, abandona su estanco, y con los quinientos francos que constituyen toda su fortuna, trabaja y se examina de institutriz cuyo diploma recibe. Pone una escuela que comienza á darla los mas felices resultados, gracias á su honradez é instruccion; pero como hace una terrible competencia á los establecimientos piadosos de la ciudad, la declaran una guerra á muerte.

En esto un jóven muy rico concibe la idea de casarse con ella, á lo cual se niega Carolina. Entonces los padres del jóven le mandan á Paris, y para mayor seguridad insinuan que Carolina es una intriguante de cuyas manos han podido arancar felizmente á su heredero.

Por fin Carolina ama y es correspondida. Pero su suerte la ha deparado un empleado pobre, que antes de casarse con ella quiere hacer una fortuna, y con este fin se embarca para la Australia.

Los pretendientes desdénados por un rival tan modesto se venían diciendo que Carolina no tiene motivos para mostrarse tan orgullosa. Por ella ha habido un desafío, y un hijo de familia ha estado á punto de caer en sus redes. La calunnia prosigue su camino, y la desgraciada institutriz se queda sin alumnos.

Viéndose sin recursos, viene á Paris y entra de pasanta en un colegio donde en su calidad de mujer pobre, virtuosa é instruida, debe ser juguete de todo el mundo. Sin embargo, sufre y espera á su futuro. Este por fin ha hecho fortuna, regresa á Francia y... muere en el camino. Carolina al recibir la noticia tiene la felicidad de morir también... Tal es la historia de esa pobre jóven á quien siempre la sociedad hizo responsable de las cosas que ella habia tratado de evitar por los medios que estaban en su mano.

El invierno, el triste y sombrío invierno, parece que despierta en nosotros las ideas negras. Despues de esta historia de la desventurada Carolina, que sea ficcion ó realidad, es en su fondo tan verosímil, hé aquí que acude á nuestra mente una anecdota no menos trágica que hemos oido contar hace poco tiempo. El narrador era un oficial del ejército francés que se batió tan valerosamente en Magenta y Solferino. Herido en esta última batalla, habia sido llevado á Milan donde estaban los hospitales, y donde fué reconocido en la calle por un anciano patriota italiano con quien habia hecho amistad anteriormente, y que no queriendo que entrara en el hospital, pidió y obtuvo que le permitieran llevarle á su casa.

El oficial estaba herido gravemente, y hubieron de pasarse algunos dias antes de que pudiera dirigir la palabra á su buen amigo, que le prodigaba afectuoso todas las atenciones que reclamaba su estado.

Por fin una mañana vino á despertarle un cuchicheo de voces que se elevaba en un rincon de su aposento, y que provenia de un grupo encantador formado por una mujer jóven y dos niños de menor edad.

— Por Dios, no metais ruido, les decia la madre, pues vais á despertar al señor francés; luego os pondré muy majos y saldremos á esperar á vuestro padre que quizá volverá hoy.

El oficial al oír estas palabras estuvo á punto de soltar una exclamacion, por el terrible recuerdo que ellas habian traído á su memoria.

La jóven que así hablaba era hija del anciano que le habia hospedado, una hermosa y sencilla criatura casada con un jóven milanés, que deseando ardientemente libertar á su patria del yugo austriaco habia combatido con los franceses.

Ahora bien, en el momento en que su mujer trataba de ir á esperarle con sus hijos, el oficial se acordó de repente que habia visto morir á aquel jóven en lo mas fuerte de la batalla de Solferino.

Antes de que hubiese tenido tiempo para pensar cómo anunciaria á la familia aquella desgracia ignorada aun, el anciano entró en el cuarto y la jóven les dejó solos llevándose á sus hijos, tan contentos como ella porque iban á esperar al que no debia volver nunca.

— He tenido que salir, dijo el padre, y encargué á mi hija que estuviese al cuidado en esta pieza. ¡Qué alegre está porque se acerca el instante de dar un abrazo á Antonio, su marido! Yo por mi parte, no lo estoy menos.

— Pues amigo mio, tiene Vd. que armarse de valor, contestó el oficial tomándole la mano.

— ¿Y porqué?

— Porque no volverá Vd. á verle.

— ¿Ha muerto? exclamó el anciano clavando en el militar francés una mirada desgarradora.

— Como un valiente...

— ¡Ah! eso sí lo creo... y por una santa causa, añadió con presteza. Si yo hubiera tenido su edad habria querido caer á su lado... Pero mi pobre hija se morirá también; le quiere con delirio, y ni por asomos la ha ocurrido que su ausencia podria ser eterna. ¿Cómo decirselo?...

— Quizá valdria mas no decirlo nada. Conforme pase tiempo se irán marchando sus esperanzas; principiará á tener sospechas, y una vez preparada, el golpe le será menos terrible.

— Tiene Vd. razon, repuso el anciano; además, yo no podria encargarme jamás de darla el golpe; hágalo la Providencia.

Al otro dia la jóven esposa se engalanó muy confiada, lo que era para su padre y el oficial francés un angustioso espectáculo.

Su marido debia llegar aquel dia sin falta ninguna, y por la tarde al volverse sola con sus hijos decia:

— Vendrá mañana.

Esto se repitió ocho dias; ocho dias durante los cuales la pobre jóven no tuvo ni una sombra de duda. Suponia las cosas mas imposibles antes que la verdad, antes que perder la esperanza y el consuelo de cada hora.

Parecia abrigar la conviccion de que el hombre á quien amaba tanto no podia morir. Su confianza sobre este punto era tan absoluta, que cuando su padre creia haberla preparado un poco con algunas reticencias, una palabra de ella le venia á demostrar que se habia engañado en su suposicion.

Una mañana habló de un sueño que habia tenido, y aseguró que su esposo llegaria indudablemente aquel dia. Mas confiada que nunca vistió á sus niños, les hizo mil caricias y salió con ellos de la mano, como de costumbre.

El oficial francés podia andar ya, y su anciano amigo le propuso seguirla á cierta distancia. Al doblar una calle vieron un grupo de gente que rodeaba un nuevo convoy de heridos que volvia del ejército.

La jóven corrió y ellos apretaron también el paso.

Entre los heridos, la infeliz madre reconoció á un jóven milanés amigo de su marido, y le hizo con ansia esta pregunta:

— ¿Y Antonio?

— Muerto, respondió el jóven con un acento melancólico.

La jóven lanzó un grito horroroso y cayó de golpe al suelo con sus hijos á quienes llevaba de la mano.

Cuando su padre y el oficial corrieron á levantarla estaba muerta.

Pasando ahora á cuadros menos tristes, diremos que la semana teatral nos ha ofrecido escasas novedades. En los Italianos se ha cantado la preciosa ópera de Flotow titulada *Marta* en condiciones de ejecucion bastante desventajosas. Reemplazaba á Mlle Battu en el papel de Marta una comprimaria llamada Volpini, que estaba demasiado conmovida para poder demostrar la extension de sus facultades. Sin embargo, diremos que cantó con mucho sentimiento la delicadísima romanza de la Rosa. Mario estuvo como siempre; falto de voz muy á menudo, pero sublime á fuerza de pasion y de habilidad escénica. Las demás partes muy medianas; el público echaba de menos á Graziani.

Se va observando en Paris en estos últimos años una afición creciente á la música clásica. Como en los conciertos del Conservatorio solo tienen entrada un puñado de privilegiados, se han fundado otras sociedades musicales á imitacion de aquella que contribuyen á popularizar una música que parecia estar reservada exclusivamente á los profesores. Nada mas digno de aplauso que estos esfuerzos. Si los italianos han escrito para la voz sin rivales en el mundo, los alemanes han compuesto para la orquesta como nadie, y su música eleva las almas de los que se detienen un poco á comprenderla.

M. Pasdeloup que con un éxito brillantísimo ha dado en los inviernos pasados algunos conciertos en la sala Hertz, al frente de una sociedad que se titula de los « Jóvenes artistas del Conservatorio, » ha trasladado este año sus reuniones musicales á un teatro mas vasto, el Circo Napoleon, donde todos los domingos sus inteligentes ejecutantes familiarizan á un público numeroso con las grandes creaciones de Beethoven, Haydn, Mozart, Weber y demás genios alemanes. Las masas aplauden con delirio las bellezas de primer orden de esta música grandiosa y magistral, lo que constituye un progreso en la educacion musical digno de ser señalado.

En el teatro del Gimnasio se ha estrenado esta semana con el título de la « Poudre aux yeux » una linda comedia de MM. Labiche y E. Martin. — Dos familias que quieren casar á sus hijos, tratan de deslumbrarse mutuamente, y con este fin toman cada una un coche alquilado y un palco en los Italianos. Una de estas familias improvisa una servidumbre con librea, en tanto que la otra adquiere prestado el negro de un vecino. De todo esto resulta que las cantidades que han destinado en dote á sus hijos les parecen insuficientes. Por fortuna un tio de carácter muy llano les demuestra la ridiculez de este charlatanismo, y les hace comprender que presentándose como son, es decir, como personas de la clase acomodada en un rango modesto, podrán entenderse fácilmente y no vacilarán en hacer la felicidad de sus hijos. Este consejo puesto en práctica nos conduce á un feliz desenlace.

La lucha entre estas dos familias acometidas repentinamente de la idea de brillar en el mundo es muy divertida. M. Geoffroy, uno de los mejores actores de Paris, está inimitable en el papel de jefe de una de estas dos familias que rivalizan por darse tono en ridiculeces y extravagancias.

Ya que hablamos de teatros concluiremos diciendo que Paris asistirá próximamente á una nueva prueba de teatro alemán: dentro de pocos dias comenzará una série de representaciones en la Sala Lirica una compañía de artistas alemanes bajo la direccion de Ida Bruning, cuyo repertorio se compone principalmente de comedias y operetas debidas á los mejores autores de Alemania.

Veremos si esta nueva tentativa obtiene mejor éxito que las anteriores.

MARIANO URRABIETA.

La fotografía.

Hoy que la fotografía ha llegado á tomar las proporciones de una casi necesidad social, hoy que se ha hecho como quien dice familiar y casera, parecemos que el escribir aquí algunas reflexiones sueltas acerca de ella y de su mas usual aplicacion, no será cosa ajena á la índole de nuestro periódico, toda vez que no vamos á ocuparnos de su parte científica, que es la única cuya dilucidacion pudiera parecer inoportuna, dadas las condiciones á que han de sujetarse nuestros artículos.

Entre los grandes descubrimientos de nuestro siglo pocos hay que iguallen al de la fotografía, que quizá fuera el primero de todos, si esta primacía se hubiese de graduar por la série de hechos que ha consignado en ella la ciencia, y no por la importancia de su aplicacion. El vapor, la telegrafía eléctrica, por ejemplo, valen mas porque sirven para mucho mas y para cosas que interesan mas al mundo, pero sus fenómenos son menos complicados, y una vez hallado el medio de utilizar aquellos agentes, el perfeccionamiento solo ha tenido que buscarse en las varias modificaciones de los aparatos ó máquinas, pero no en la esencia de ellos.

No ha sucedido así en la fotografía, y desde los primeros ensayos de Niepce y de Daguerre hasta el punto en que hoy se encuentra, y al que con tan pasmosa rapidez ha ascendido, cada nuevo procedimiento ha tenido necesidad de buscar nuevos agentes químicos que realizasen la proyectada mejora. El trabajo de la ciencia ha sido continuo y fecundísimo; pero no solo lo ha sido, lo es aun, y tendrá que serlo hasta tanto que la fotografía llegue á alcanzar el término que anhela tan vivamente desde que se inventó; esto es, hasta que logre la fiel reproduccion del colorido, su sueño dorado, su permanente mira, el objeto de su ansia; pero objeto que espera, diremos mejor, que no duda alcanzar en un espacio de tiempo mas ó menos breve, si bien todo indica no ha de ser muy largo, vistos los pasos de gigante que en tan pocos años ha dado aquella.

— ¿Qué le quedará que desear entonces?

Pero si la historia de este admirable descubrimiento señala á la estimacion pública al par de estos sucesivos trabajos, los ilustres nombres de los que tuvieron la alta gloria de llevar á cabo tamaña empresa, y si para honor de la Francia estos nombres son en su mayor parte nombres franceses, y si estos, con una imparcialidad que los honra, han reivindicado para un inglés, para M. Talbot, el mérito de la invencion de la fotografía en papel, que un compatriota de aquel le habia pretendido disputar, también la historia ha consignado ciertos hechos que prueban cómo á la sombra de los grandes descubrimientos que interesan al mundo puede alzar su innoble cabeza el espíritu de estafa, explotando en provecho propio aquel mismo interés, y fiando en la candida credulidad, que si es comun á todos los pueblos, hay algunos á los que mas especialmente caracteriza.

El hecho á que nos referimos es bastante cómico, y en gracia de ello vamos á reseñarlo brevemente.

No hay que decir que en los Estados Unidos la fotografía como oficio, como modo de ganar dinero, fué recibida con una especie de furor, y hace cinco ó seis años la estadística de aquel país hacia exceder de diez mil la cifra de sus fotógrafos, número que siguiendo la marcha de otras partes, se habrá al menos cuadruplicado.

Ahora bien, un tal M. Hill, de Nueva York, pastor ó ministro cesante del culto, emprendió con todo el ardor del que busca dinero en primer lugar, y despues gloria si con aquel se aviene buenamente, resolver el problema de la reproduccion de los colores; cosa que no pudo conseguir, segun habia acontecido á muchos otros que valian algo mas que él. Profesando el muy extendido principio de que *el tiempo es dinero*, halló que el que empleó en inútiles investigaciones merecia una remuneracion, puesto que al cabo no era culpa suya si el éxito habia dejado de corresponder á la asiduidad de su trabajo.

Para lograr su objeto hizo que un periódico de Nueva York, exclusivamente consagrado á la fotografía, rompiese el fuego de guerrillas anunciando que un fotógrafo americano habia descubierto el medio, hasta entonces buscado inútilmente, de reproducir con sus colores naturales las imágenes de la cámara oscura. Este feliz mortal era M. Hill.

El anuncio dió lumbre, y el supuesto inventor expidió un prodigioso número de circulares anunciando la próxima publicacion de una obra acerca de su descubrimiento. Este libro seria enviado á todas las personas que al pedirlo le remitiesen cinco *dollars*. Para mejor éxito del *puff*, al pié de la circular se insertaba un certificado con muchas firmas en el que se atestiguaba que el reverendo M. Hill era un muy respetable señor.

El anhelado libro apareció. Tenia cosa de cien páginas, y en ellas no se hablaba una palabra del asunto, es decir, de la reproduccion de los colores.

Sin embargo, con una desfachatez admirable M. Hill publicó á poco una carta en la que se decia que si no habia descrito en aquella obra su procedimiento fué por no haber hallado aun el medio de reproducir el amarillo; cosa que esperaba descubrir muy pronto. No obstante, M. Hill no se habia puesto ni amarillo ni encarnado para cobrar de cada quisque cinco *dollars* por un librito que no valia media peseta. Hablaba allí de cuarenta y cinco pruebas que por vía de muestra conservaba, y en las que se veian casas, follajes verdes, vestidos colgados de una cuerda, y vacas de diferentes colores: todo esto probablemente *pintado en la pared*, como los jamones y el vino moscatel del testamento de la tia Norica.

En la posdata anunciaba la publicacion de la nueva y definitiva obra. Salió esta á luz en efecto, y hubo papanatas que se la compraron, y lo que es mas, despues de este segundo y no menos solemne chasco, M. Hill se convirtió en objeto de un verdadero entusiasmo. ¿Cómo se explica esto? — La explicacion única que se nos ocurre hace tan poco favor al género humano que renunciamos á ella.

Hasta cuatro libros publicó el supuesto inventor, sin hablar en ellos palabra de su invento. Entre tanto los miles de fotógrafos de los Estados Unidos se morian de hambre, porque esperando la próxima é importantísima mejora tan cacareada, todos aguardaban á retratarse para entonces. En su consecuencia los interesados propusieron á M. Hill revelase su secreto á cambio de la cantidad que pidiese, y que se comprometian á reunir por suscripcion.

Negóse á esto también, pero prometió publicar su quinto libro, que no salió á luz, sin que nadie de entonces acá haya vuelto á acordarse de M. Hill, como no sea para echar de menos los *dollars* que les llevó con engaño.

Calcúlase que el negocio valió al tal la friolera de unos cuarenta mil duros.

¡Cuánto bobo hay por esas tierras de Dios!

Nuestros lectores nos disimularán este episodio, muy característico de nuestra época de ilustracion, si quiera sea en gracia de lo que enseña, ó mejor dicho, de lo que pudiera enseñar si el género humano tuviese mas aptitud que la poca que tiene para el escarmiento.

Pero la fotografía, segun dijimos al principio, se ha convertido en una especie de duende familiar, y hasta ha comenzado á influir en nuestros hábitos sociales. ¿Qué era, por ejemplo, antes un retrato? ¿Qué es ahora?

Antes un retrato era un verdadero legado, y constituia uno de los bienes inmuebles de la familia. Las ensebada carronadas del pelucon de papá abuelo, el empolvado-crepé de mamá abuela, pintados al oleo, por lo

comun por un malísimo pincel, eran un objeto de veneración para sus nietos, y aquellas borradas y carcomidas imágenes se trasmitían respetuosamente de generación en generación; porque como el retrato era cosa que no solía hacerse sino una sola vez en la vida, aquel único trasunto ya tenía por lo menos el valor de la rareza. Además, una miniatura dada ó recibida formaba época en la existencia de una persona, y ora como prenda de amor, ora como recuerdo de afecto íntimo, tenía una grande y verdadera importancia. El retrato de una joven no se daba nunca á un hombre con derecho de posesión definitiva, sino solo como una especie de garantía de mutuo cariño, y duraba en manos de aquel todo lo que el cariño de uno ó de otro duraba. El devolverlo indicaba ruptura de relaciones; equivalía á retirar su embajador. Pero hoy merced al arte fotográfico, un retrato no tiene mas valor que una simple tarjeta. Hoy se dan, se piden, se traspasan, se endosan, se compran y se venden. Con frecuencia sirven solo de mero pretexto para llenar un album muy lindo y con los cantos muy bien dorados, que ocupa un



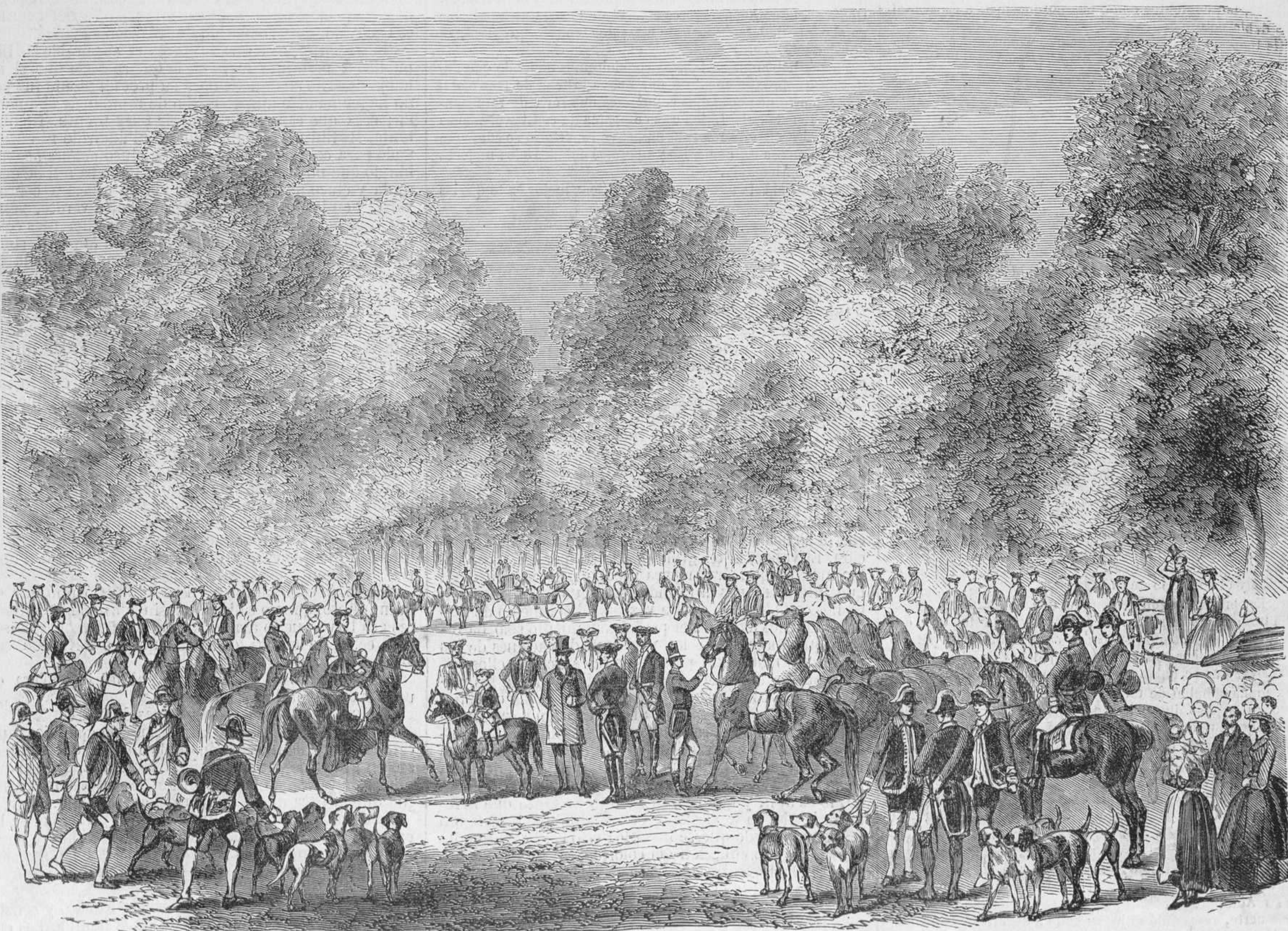
[CACERIA DISPUESTA EN COMPIEGNE EN HONOR DEL REY DE LOS PAISES BAJOS.

lugar sobre el tapete de una mesa, al lado de unas vistas de Paris ó de una colección de paisajes de la Suiza. En primer lugar se pide su buena ó mala estampa á los amigos, despues á los conocidos; no falta quien, agotados unos y otros, lo rellena con lo que buenamente encuentra, y cuando otra cosa no hallan á mano no se apuran: por una peseta se tiene la fotografía de Gari-

fácil del mundo, puesto que detrás de cada puerta, como quien dice, se encontrarían diez tarjetas cuyas fotografiadas, que le representasen desde que le apuntó el primer bozo hasta que se le cayó la última muela. No se entienda en manera alguna que criticamos esta costumbre, que por una parte no tiene inconveniente alguno y por otra ofrece todas las ventajas que siempre

baldó la de la reina de Nápoles ó la del sultan Abdul-Medjid, ó la de cualquiera de los muchísimos personajes célebres que están puestos en exhibición á las puertas de los almacenes de estampas.

Así nuestra posteridad tendrá sobre las de otros siglos la ventaja de no tener que andar dándose de calabazadas para averiguar como fueron sus ascendientes respecto á figura, y no se tropezará con la dificultad de haber de adivinar esta ni de colegirla, como ahora frecuentemente acontece respecto á los hombres ilustres de épocas pasadas. Así, si ahora, por ejemplo, surgiese en España otro Cervantes, y si de aquí á doscientos años se quisiese colocar su retrato en alguna edicion de sus obras ó su estatua en alguna plaza pública, la cosa sería lo mas



CACERIA EN HONOR DEL REY DE LOS PAISES BAJOS. — EL POZO DEL REY, PUNTO DE REUNION DE LOS CAZADORES.

han poseido los retratos, con mas, la de hacer general su uso por la baratura. Nuestro articulo no tiene otro objeto que el de presentar esta nueva faz social, despues de llamar la atencion sobre uno de los inventos mas maravillosos que han honrado al talento humano, y que prueban mejor los grandes adelantos que las ciencias fisicas han hecho en nuestros dias.

F. F. ARENAS.

Polacos

Y LITUANIENSES

EN LAS DOS ORILLAS DEL NIEMEN, EL 12 DE AGOSTO DE 1861.

La nacion no se halla toda en el pequeño reino al que conservó el congreso de Viena el nombre de Polonia agregándole al imperio de Rusia. En el último siglo la república de Polonia se extendia de las orillas del Warta á las del Dnieper y el Dwina, comprendiendo por el lado de la Moscovia, la Lituania, las Rutenias y otras varias provincias cuya incorporacion á la Rusia ha consagrado el tratado de Viena, aunque estipulando para ellas y para las partes de la antigua Polonia reunidas al Austria y á la Prusia, una representacion é instituciones nacionales.

Estas poblaciones del mismo origen, pero divididas largo tiempo por las guerras que fueron en la edad media el estado general de la Europa, se unieron en el siglo XV por medio de tratados de alianza, por casamientos entre soberanos y otros actos de union libremente consentidos, cuyo recuerdo conserva intacto la nacion polaca.

La union definitiva de la Lituania y la Polonia fué

encontrarse, mezclarse y fraternizar en el puente de barcas que atraviesa el rio.

En cuanto fué conocido este proyecto, las autoridades de Kowno se apresuraron á prohibir toda demostracion de ese género; pero su prohibicion no se extendia á la orilla izquierda, y el 12 las poblaciones de Godlewo y de las aldeas contiguas, reunidas desde por la mañana, se pusieron en marcha. A la cabeza iban las jóvenes

concluida en Lublin el 12 de agosto de 1569, y el aniversario de esta fecha memorable se ha celebrado este año en los dos paises con manifestaciones nacionales cuyo eco ha resonado en toda Europa. El episodio que aquí reproducimos es quizá el mas característico de todos los que han tenido lugar en estas manifestaciones.

El Niemen separa en Kowno la Lituania del reino de Polonia. La ciudad lituaniese está en la orilla derecha, y en la izquierda hay varios pueblos, entre otros el de Godlewo, que pertenece al reino. Para dar mas brillo á la fiesta destinada á celebrar el aniversario de la antigua union, lituanieneses y polacos habian resuelto organizar dos procesiones que saliendo á la vez de las dos orillas, habian de



POLACOS Y LITUANIENSES EN LAS ORILLAS DEL NIEMEN, EL 12 DE AGOSTO DE 1861.



TRAJES LITUANIENSES, Y POLACOS.

Señor lituaniese. Aldeano, traje de invierno, guarda bosque ó cazador. Aldeana lituaniese. Señora lituaniese en traje de invierno. Judios en traje de invierno. Judio en traje de verano. Lacayo. Jóven en traje diario. Aldeano en traje diario.

vestidas de blanco, coronadas de flores y de follaje y precedidas de la cruz y un estandarte de la Virgen; luego seguían los sacerdotes y el pueblo cantando himnos patrióticos.

«Nos acercábamos al río, escribe un testigo ocular, y oíamos ya las campanas que saludaban nuestra llegada, cuando a la cabeza de la procesion resonó un grito que decía: «¡El puente está cortado!» En efecto, nos adelantamos hacia la parte del puente que toca a la orilla izquierda, y vemos que las autoridades rusas le habían cortado por enmedio; sin embargo, las campanas de Kowno tocan a porfía. En breve descubrimos en la otra orilla una larga procesion, que a pesar de la órden de las autoridades, se adelanta hasta el punto extremo donde el puente se hallaba interrumpido. — No trataré de describir la escena interesante y grandiosa en la que éramos a un tiempo actores y espectadores. A cada extremo del puente las vírgenes cuyos vestidos blancos y banderas se reflejan en las ondas, los sacerdotes elevando sus crucifijos, la muchedumbre arrodillada, las jóvenes cambiando sus guirnaldas y sus coronas que se llevan las aguas del Niemen, las dos orillas y las alturas próximas cubiertas de gente, y en el fondo del cuadro, una larga línea de lanzas y de banderolas: eran los cosacos que cercaban a la muchedumbre.»

No tenemos que insistir acerca del carácter y significacion política de estas manifestaciones, que las autoridades rusas han prohibido recientemente se repitan en Horodlo, pueblecillo del gobierno de Lublin, donde una dieta nacional consagró en 1413 la primera union de la Lituania y de la Polonia; pero es imposible no ver en ellas una prueba ostensible del espíritu de union y mancomunidad que anima a todas las partes de la antigua república, y que es una garantía mejor que la letra de los tratados para la nacionalidad polaca. A. L.

El noble en la miseria

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(Continuacion.)

Gustavo ofreció tímidamente su brazo a Leonor que le aceptó temblando y sonrojándose. Los dos parecían confusos, y sin embargo, una alegría celeste chispeaba en sus ojos, y sus corazones latían conmovidos por una felicidad inefable.

El tío sonriendo amenazó a su sobrino con el dedo, como si le dijera: «Sé lo que pasa.»

Esta señal de inteligencia hizo sonrojar al joven, aunque el consentimiento aparente de su tío le inspirase la mas dulce esperanza.

Por fortuna Leonor no había notado la broma.

Sentáronse a la mesa: el noble se colocó enfrente de M. Denecker al lado de Gustavo, quien se halló de cara a Leonor.

La labradora traía los platos y su hijo servía. Los manjares estaban bien preparados, y el negociante manifestó repetidas veces su satisfaccion. En su interior se sorprendía de la buena eleccion y aun de la abundancia de los platos, pues se prometía un festin miserable; ¿acaso el señor de Vlierbecke no tenía fama en todo el contorno de ser un rico avariento como jamás se había visto en la comarca?

Sin embargo, la conversacion se había hecho general; Leonor que había tenido que contestar a varias preguntas del negociante, recobró su imperio sobre sí misma y sorprendió mucho a los dos convidados por la alta razon y los conocimientos de que dió pruebas. Pero otra cosa la sucedía cuando tenía que dirigirse directamente a Gustavo; entonces todo su entendimiento parecía oscurecerse, y bajaba los ojos para dar una contestacion trémula é incomprensible. El joven por su parte no se hallaba menos turbado.

En cuanto al señor de Vlierbecke dirigía la conversacion hacia todos los asuntos que pensaba podían ser agradables a sus convidados. Escuchaba con una extremada condescendencia al negociante, y le daba ocasion de hablar con una especie de superioridad de cosas que debía conocer particularmente en su calidad de comerciante.

M. Denecker observó esta atencion, y se mostró agradecido a ella. Miraba al señor de Vlierbecke con una verdadera amistad y trataba de no serle inferior en cortesía.

Todo marchaba pues perfectamente; cada cual estaba contento de los otros y de sí mismo; el noble no cabía en sí de gozo al ver que la labradora y su hijo entendían tan bien el servicio, volviendo a sacar limpios con tanta prontitud los platos y los cubiertos que habían servido, que habría sido imposible notar que el número de estos objetos era insuficiente.

Una sola observacion comenzaba a causar al noble cierta inquietud. Veía con angustia que M. Denecker vaciaba a menudo las copas, y que el joven, ya por obsequio, ya por tener motivo de hablar a Leonor, invitaba sin cesar a esta a que tomase mas vino, de lo cual resultó que desde el principio de la comida la primera botella mostraba ya su fondo.

De tiempo en tiempo el noble examinaba de reojo lo que quedaba en la botella, y temblaba interiormente cada vez que el negociante se llevaba el vaso a la boca. El lacayo, por órden del amo, sacó la segunda botella, y el señor de Vlierbecke, para moderar algun tanto la sed del convidado, comenzó a dejar caer poco a poco la conversacion, pues había observado que el negociante no podía decir muchas palabras sin beber. Sin embar-

go, se había engañado, pues M. Denecker se puso a hablar del vino, que dijo era exquisito hasta no mas, y manifestó la sorpresa que le causaba la incomprensible sobriedad del noble. Al mismo tiempo bebía mas que antes, y Gustavo le secundaba, aunque en menor proporcion.

La segunda botella se acabó en breve, y el negociante dijo muy resuelto al señor de Vlierbecke, que seguía con suma ansiedad sus movimientos todos, aunque siempre se mostrara alegre y risueño:

— Sí, este vino rancio es excelente, lo reconozco; pero en punto a vinos es preciso cambiar. Debo suponer que teneis una buena bodega a juzgar por la primera muestra. Que saquen pues una botella de *chateau-margaux*, y si tenemos tiempo terminaremos nuestra entrevista con una copita de *hochheimer*. Yo nunca bebo *champaña*, es un mal vino para los verdaderos aficionados.

A estas palabras del negociante, una palidez mortal se esparció por el rostro del señor de Vlierbecke; pero para disimular la terrible emocion que le anonadaba, se cubrió con la mano su frente y sus ojos, y pidió al cielo una inspiracion que le sacara de aquel apuro.

Cuando su convidado acabó de hablar, se descubrió el rostro animado por una suave sonrisa.

— Como gustéis, M. Denecker, exclamó.

Y volviéndose hacia el criado, le dijo con voz firme:

— Juan, una botella de *chateau-margaux*, a la izquierda, en la cueva...

El joven campesino miró a su amo con la boca abierta, como si le hubiese hablado un idioma desconocido, y murmuró algunas palabras ininteligibles.

— Disimuladme, repuso el noble levantándose, no la encontraria, y es cosa de un momento.

Bajó la escalera, entró en la cocina, tomó la tercera botella que estaba allí preparada, y se dirigió hacia la cueva.

Aquí, al verse solo, se detuvo, recobró aliento y se dijo a sí mismo:

— ¡*Chateau-margaux!* ¡*hochheimer!* ¡*champaña!*... ¡Y no tengo mas que esta botella de burdeos!... ¿Qué hacer? No hay tiempo para reflexionar; Dios así lo quiere.

Volvió a subir la escalera y apareció de nuevo muy risueño en el comedor, con el tirabuzon plantado en la última botella.

Durante su ausencia Leonor había mandado cambiar las copas.

— Este vino tiene veinte años menos que el otro; espero que os agrada, dijo el noble, en tanto que llenaba las copas y espiaba de reojo en la cara del negociante el efecto de su estratagema.

Apenas este probó el vino, apartó la copa y exclamó haciendo un gesto:

— Os habeis equivocado, es el mismo vino.

El señor de Vlierbecke, fingiendo sorprenderse, probó el vino a su vez y dijo:

— En efecto, me he engañado; pero ya que la botella está destapada podriamos beberla, tenemos tiempo.

— Como gustéis, respondió el negociante, pero ha de ser con la condicion de que habeis de ayudarnos. Así acabaremos mas pronto.

El vino fué bajando en la tercera botella hasta que apenas quedó para dos ó tres veces.

El noble no pudo ocultar mas tiempo su emocion; ya quería desviar la vista de la botella, pero su mirada se volvía a fijar en ella con una ansiedad creciente. A su oído resonaba ya el terrible ¡*chateau-margaux!* que debía cubrirle de vergüenza, y un sudor frio inundaba su frente cuyo color cambiaba a cada instante.

Sin embargo, aun no se hallaba exhausto de recursos, y como un valeroso soldado luchaba hasta el fin contra la humillacion que se acercaba. Se enjugaba la frente y las mejillas con su pañuelo; tosía y se volvía como para estornudar. Gracias a estas maniobras su turbacion se disimuló a los ojos de sus convidados, hasta el momento en que M. Denecker se apoderó de la botella para vaciar la última gota. Entonces un estremecimiento mortal recorrió sus miembros, se puso blanco como un difunto y reclinó su cabeza en su silla exhalando un suspiro.

¿Era un desmayo simulado, ó era que el infeliz se aprovechaba de su emocion para libertarse del cruel apuro en que se hallaba?

Todos se levantaron precipitadamente: Leonor lanzó un grito penetrante y corrió hacia su padre, llena de inquietud y de alarma. Este trató de sonreír y dijo levantándose lentamente:

— No es nada, el aire de este comedor me ahoga; dejadme ir un instante al jardín, que en breve estaré dispuesto.

Y al decir estas palabras se encaminó hacia la puerta y bajó la escalera de piedra que conducía al jardín.

Leonor había tomado su brazo y quiso guiarle, aunque él no tenía necesidad de tal cuidado. M. Denecker y su sobrino acompañaron tambien al noble demostrándole un sincero interés.

Apenas el señor de Vlierbecke se había sentado hacia algunos instantes en un banco a la sombra de un árbol gigantesco, la palidez de su rostro desapareció, y recobrando sus fuerzas visiblemente, tranquilizó a su hija y a sus convidados acerca de su indisposicion; no obstante, pidió que le dejaran algun tiempo al aire libre, por temor de que no se repitiera el desmayo.

Un instante despues se levantó y manifestó el deseo de pasearse.

— No me agrada menos que a vos el dar una vuelta, dijo el negociante, mi carruaje vendrá a las cinco. Tengo que hacer esta noche con mi sobrino, y por poco me marcho de aquí sin ver vuestro jardín. Demos pues

una vueltecita, y luego nos despediremos bebiendo media botella a nuestra amistad.

Al decir estas palabras ofreció el brazo a Leonor, que le aceptó alegremente. Aunque M. Denecker lanzaba a su sobrino miradas irónicas, el joven no estaba descontento en el fondo al ver que su tío manifestaba tanto afecto a la joven.

Principió el paseo, y hablaron de agricultura, de caza y de otras mil cosas. Leonor al aire libre y al brazo del negociante, había recobrado su libertad de espíritu. La alegría natural de su carácter se revelaba unida al hechizo indecible de una virginal ingenuidad. Como una loca cervatilla quería obligar a correr al negociante, y saltaba a su lado con exclamaciones de júbilo.

M. Denecker celebraba mucho las oportunas salidas de la joven y estuvo a punto de ponerse a bailar y a jugar con ella. Nunca se cansaba de admirar aquel risueño rostro radiante de felicidad, y se decía a sí mismo con la sonrisa en los labios, que el porvenir no reservaba malos días a su sobrino.

Pero cuando el noble se puso a hablar con el negociante, mientras trazaba dibujos en la arena, Leonor y Gustavo tomaron la delantera y parecían haber entablado un coloquio muy animado.

La joven enseñó a Gustavo sus flores, sus pececillos dorados y todo lo que la distraía en su soledad.

Gustavo apenas oía las dulces é infantiles explicaciones de Leonor; pues lo que decía se confundía para él en un canto celeste que le enajenaba y le hacía soñar en felicidades inefables.

Por su parte el señor de Vlierbecke hacia cuanto podía por entretener a su convidado lejos de la mesa. Ape- labo alternativamente a todos los recursos que le ofrecían sus profundos conocimientos, no se cansaba de hablar con interés y trataba de penetrar el carácter del negociante para complacerle mejor; hasta se bromeaba cuando veía decaer la conversacion, y hacia y decía cosas que aunque encerradas en los límites permitidos, no se hallaban, sin embargo, en armonía con su carácter serio y noble.

Ya se acercaba el momento que había fijado M. Denecker para su marcha; el señor de Vlierbecke daba gracias a Dios porque le había permitido salir de aquella espinosa situacion, cuando el negociante gritó de repente a su sobrino:

— ¡Eh! Gustavo, tenemos que marcharnos; si quieres beber con nosotros, despáchate, son las cinco. El señor de Vlierbecke se volvió a poner pálido; mudo y visiblemente espantado, miraba al negociante que en vano trataba de comprender el efecto de sus palabras, y que esta vez no disimuló su sorpresa.

— ¿Os sentis indispuerto? le preguntó.

— Al oír la palabra *vino* mi estómago desfallece, murmuró el señor de Vlierbecke; es un mal extraño...

Sin embargo, una expresion mas serena vino de repente a aclarar su rostro, en tanto que señalaba la puerta con el dedo y decía:

— Oigo vuestro coche en la avenida, M. Denecker. En efecto, el carruaje entraba en el Grinselhof.

El negociante no habló mas de vino; le pareció extraño que su marcha causase cierto alborozo; y seguramente esta sospecha le habría picado si por otra parte no hubiese neutralizado este mal efecto la extremada afabilidad que observó en la cordial recepcion del noble.

Creó deber atribuir la misteriosa conducta del señor de Vlierbecke a su indisposicion, que sin duda había tratado de disimular por cortesía.

M. Denecker estrechó la mano del noble, y le dijo con sincera efusion:

— Señor de Vlierbecke, he pasado una tarde deliciosa; celebro infinito haber hecho vuestra amistad, y me prometo que se estrecharán vuestras relaciones. Entre tanto os agradezco con toda mi alma vuestra excelente acogida.

Gustavo y Leonor se habían acercado. El noble contestó con algunas palabras de cortesía.

— Mi sobrino, prosiguió el negociante, convendrá conmigo en que ha tenido en su vida pocas horas tan agradables como las que acabamos de pasar en el Grinselhof. Ahora, a vuestro turno, señor de Vlierbecke, me hareis el honor de venir a comer a mi casa con vuestra hermosa niña. Pero debo pedir os me disimuleis una danza involuntaria; debo marchar pasado mañana a Francfort para asuntos de comercio, y quizá estaré dos meses ausente. Si durante este tiempo mi sobrino os viene a visitar, presumo que siempre será recibido con agrado.

El noble reiteró sus protestas de amistad. Leonor se calló, aunque Gustavo interrogaba su mirada como pidiendo tambien a la joven el permiso de volver a verla.

— ¿Y el traquito de la despedida? preguntó Gustavo con sorpresa. Detengámonos un instante.

— No puede ser, dijo M. Denecker interrumpiéndole. Encuchándote a ti es probable que nunca nos marcháramos; pero es tiempo de hacerlo. Vamos, vamos: un negociante debe cumplir su palabra, y ya sabes lo que hemos prometido.

Gustavo y Leonor cambiaron una mirada detenida, en la cual se podía leer la tristeza de la separacion y la esperanza de verse de nuevo; el noble y el negociante se estrecharon la mano con efusion, y los convidados salieron del Grinselhof sonriendo y saludando con la mano mientras pudieron verles.

IV.

Dos días despues de la marcha de su tío, Gustavo fué al Grinselhof donde fué recibido por el padre y la hija

con la misma afabilidad. El joven pasó con ellos una gran parte de la tarde, y se volvió á su casa al anocheecer con el corazón rebosando de venturosos recuerdos.

Al pronto no se atrevió á repetir con demasiada frecuencia sus visitas, ya por un sentimiento de conveniencia, ya por temor de ser una carga para el noble; pero en la segunda semana la cordial amistad del señor de Vlierbecke dispuso sus escrúpulos.

El joven no resistió largo tiempo á la inclinación que le arrastraba hacia Leonor, y al cabo ya no dejó pasar una sola tarde sin ir á verla. En el Grinselhof las horas para él eran minutos. Recorría con Leonor y su padre los tortuosos senderos del jardín, asistía á las lecciones de artes y de ciencias que el noble daba á su hija, escuchaba extasiado la hermosa voz de la joven cuando á veces resonaban sus canciones entre el follaje, sostenía con entrambos una interesante conversacion, ó sentado á la sombra del fresno soñaba con un porvenir de felicidad, contemplando con mil delicias á la divina criatura que pedía á Dios por esposa.

Si el noble y hechicero semblante de la joven había seducido á Gustavo desde la primera vez que le había visto en el cementerio, ahora que conocía también los encantos de su alma, su amor había venido á ser tan exclusivo y tan ardiente, que el mundo entero le parecía sombrío y muerto cuando Leonor no esparcía en él con su presencia la luz y la vida.

La mas pura inspiración religiosa y poética no podía evocar para él un ángel mas bello que su amada. Y á la verdad, aunque estuviere dotada de todas las gracias corporales que el Criador debió haber dado á la primera mujer, en su seno latía un corazón cuya pureza de cristal no se había empañado jamás con ninguna sombra, y donde brotaban los sentimientos mas generosos, como una fuente límpida, á la menor emoción.

Gustavo no se había encontrado nunca solo con Leonor; cuando él estaba allí, la joven no salía del cuarto donde se hallaba ordinariamente con su padre, á menos que este último quisiera dar una vuelta al aire libre; y por otra parte, jamás el joven había tenido la idea de disimular su emoción delante del señor de Vlierbecke, así como tampoco había pensado en decir á Leonor cuánto la amaba. Habría sido inútil explicar con palabras lo que pasaba en el alma de cada uno de ellos: el amor, la amistad y el respeto resplandecían libremente y sin violencia en todos los ojos; aquellas tres almas vivían en una misma aspiración, estrechamente unidas por un mismo lazo, confundidas en un mismo sentimiento de cariño y de esperanza.

Aunque Gustavo estuviere animado de una profunda veneración respecto del padre de Leonor, y le quisiera verdaderamente con un afecto filial, una circunstancia solía sin embargo quebrantar esta veneración. Lo que había oído decir sobre la inconcebible avaricia del señor de Vlierbecke había venido á ser para él una verdad incontestable en el Grinselhof. Jamás el noble le había ofrecido un poco de vino ó de cerveza, y menos aun le había convidado á cenar; Gustavo había observado tristemente cuánto trabajo se daban para disimularle aquella economía sin ejemplo.

La avaricia es una pasión que no puede inspirar sino aversión y desprecio, porque naturalmente se comprende que ese vicio al posesionarse del alma de un hombre, arranca de ella todo sentimiento de generosidad llenándola de una avaricia fría y repugnante.

Por eso Gustavo debió luchar largo tiempo contra ese sentimiento instintivo para desviar su atención de ese defecto del señor de Vlierbecke, y darse por convencido de que no era mas que un capricho inexplicable en un hombre que no por esto había perdido nada de la nobleza innata de su carácter.

Y sin embargo, si el joven hubiese sabido la verdad, si su mirada hubiese podido penetrar en el corazón del noble, habría visto que debajo de cada sonrisa que asomaba á su rostro se ocultaba un dolor; que cada uno de aquellos estremecimientos nerviosos que á veces le sobrecogían, descubría la angustia de su alma. En medio de su felicidad y embriagado en el cáliz de oro del amor, ignoraba que la vida del noble era un suplicio, que de día y de noche tenía delante un horrible porvenir, y que espantado contaba las horas que trascurrían, como si cada minuto le acercara á una catástrofe inevitable... y en efecto, ¿no le había dicho el notario, que dentro de cuatro meses venía la letra, y que sus bienes serían vendidos por justicia?

La mitad de este plazo fatal había pasado. Si el noble parecía fomentar el amor de Gustavo no era solamente por simpatía hacia él, no: el drama de su dolorosa prueba debía desenlazarse en un tiempo marcado, y si no á él y á su hija les esperaban la deshonra, la muerte moral. La suerte iba á decidir irrevocablemente, si de aquella lucha de diez años contra la miseria saldría vencedor, ó si caería vencido en el abismo del desprecio público.

Por esta razón ocultaba su indigencia con mas obstinación que nunca, y aunque velaba como un ángel protector sobre los jóvenes, no hacia nada sin embargo por contener el rápido vuelo de su amor.

Cuando se acercó la época del regreso de M. Deneker, los dos meses de su ausencia le parecieron á Gustavo un dulce sueño. Aunque estaba casi seguro de que su tío no se pronunciaría contra su gusto, temía sin embargo que no le permitiera pasar tanto tiempo sin ocuparse de los asuntos comerciales. El pensamiento de estar separado de Leonor, no solo días sino quizá semanas enteras, le hacia considerar con tristeza y ansiedad el regreso de su tío.

Una tarde manifestaba sus temores delante de Leonor

con una profunda melancolía, y pintaba el dolor que habría de soportar en su ausencia.

Por la primera vez vió correr lágrimas de los ojos de la joven, y enternecido hasta lo sumo con esta prueba de íntimo afecto, tomó silenciosamente la mano de Leonor, y permaneció largo rato sentado junto á ella sin pronunciar una sola palabra.

Durante este tiempo el señor de Vlierbecke trataba de animarle, pero sus palabras no alcanzaron el objeto apetecido. Sin embargo, despues de esta prolongada lucha, Gustavo se levantó de repente y se despidió de Leonor, aunque era mas temprano que de costumbre. La joven leyó en su rostro que una revolución acababa de producirse en su alma, y vió que sus ojos chispeaban de valor y de alegría; quiso obtener explicaciones, pero él se negó suavemente á dárselas, la dijo que al otro día conocería su secreto, y salió del Grinselhof á paso rápido como perseguido por una idea fija.

El señor de Vlierbecke creyó haber descubierto en los ojos del joven lo que había pasado en su corazón, y pasó aquella noche entregado á los mas dulces sueños.

Al otro día, cuando llegó la hora en que se presentaba Gustavo ordinariamente, el padre de Leonor se hallaba entregado á las mas lisonjeras esperanzas. En breve vió al joven atravesar la puerta y dirigirse hacia la casa.

El joven venía vestido de negro, como el día en que se presentó por primera vez en el Grinselhof.

Una sonrisa de alegría iluminó su semblante cuando salió á su encuentro; aquel traje solemne confirmaba su esperanza y le decía que por fin iba á declararse.

Gustavo manifestó el deseo de hablarle á solas, y el señor de Vlierbecke, introduciéndole en un salón particular, le ofreció un asiento, se sentó enfrente de él y le dijo con una serenidad aparente y con tono afectuoso:

— Os escucho, mi joven amigo.

Gustavo guardó silencio un instante como para recoger sus ideas, y luego dijo con una voz conmovida, aunque sin embargo muy resuelto:

— Señor de Vlierbecke, vuestra extremada bondad me infunde el valor necesario para dar un paso importante, y sea cual fuere vuestra respuesta á mi demanda, me prometo que tendréis á bien excusar mi temeridad. Sin duda habreis conocido que desde la primera vez que tuve la felicidad de ver á Leonor, una inclinación irresistible me arrastró hacia ella; me apareció como un ángel y nada ha desmerecido despues. Antes de permitir que este sentimiento tomase tanto imperio sobre mi corazón, habría debido quizá solicitar vuestra aprobación; pero creía ver en vuestra amistad que habíais leído en el fondo de mi alma.

El joven se calló esperando algunas palabras que le animaran; el noble le miraba con una sonrisa apacible, pero que sin embargo, no manifestaba hasta qué punto le era agradable el discurso del joven.

Una señal de la mano, como si hubiese querido decirle que continuara, fué su único movimiento.

Gustavo sintió que su resolución le abandonaba; pero en breve dominando sus temores, recobró ánimo y prosiguió con exaltación:

— Sí, he amado á Leonor desde que la he visto; y la chispa de amor que entonces surgió en mi corazón se ha cambiado en una llama inextinguible. ¿Creeis que solo su hermosura ha despertado mi amor? No hay duda que ella bastaría para hechizar al mas insensible de los hombres, pero he descubierto en el corazón de mi angélica amiga un tesoro mucho mas precioso. Su virtud, la inmaculada pureza de su alma, sus sentimientos á la vez suaves y magnánimos, en una palabra, todos los dones que con tanta liberalidad la ha otorgado Dios, hé ahí lo que me ha conducido del amor á la admiración, de la admiración á la adoración. ¡Ah! ¿Porqué ocultároslo mas tiempo? No, sin Leonor no puedo vivir; solo el pensamiento de separarme de ella me hace temblar; necesito verla todos los días y á todas horas. Ignoro cuál será vuestra decisión, pero si es contraria á mi amor, mi corazón quedará despedazado para siempre. Si vuestro fallo debe separarme de mi querida Leonor, será para mí un golpe mortal que me hará tomar horror á la vida.

Gustavo había pronunciado estas palabras con una profunda emoción y con mucha energía; al señor de Vlierbecke le tomó la mano estremecido y le dijo con suave acento:

— No os turbeis así; sé que amais á Leonor y que ella no es insensible á vuestro cariño; pero ¿qué teneis que pedirme?

El joven respondió bajando los ojos:

— Si dudo aun de vuestro consentimiento despues de todas las señales de afecto que me habeis dado, es por una razón que me hace temer me juzgueis indigno de la felicidad que imploro. Carezco de árbol genealógico; los altos hechos de mis antepasados no brillan en la historia de la patria; la sangre que corre por mis venas no es noble...

— ¿Creeis, Gustavo, que ignoraba yo todo eso el día en que vinisteis por la primera vez á mi casa? Vuestro corazón al menos es noble y generoso; sin eso no os habría amado como á un hijo.

— De modo, exclamó Gustavo con alegre esperanza, que no me negaríais la mano de Leonor si mi tío consintiera en este enlace.

— No os la negaría, y aun debo deciros que os confiaría muy gustoso la felicidad de mi hija; pero existe un obstáculo que vos no conoceis...

— ¡Un obstáculo! repitió el joven sobresaltado; ¡un obstáculo entre Leonor y yo!

— Contened vuestro amor por un instante, repuso el señor de Vlierbecke, y oid mis explicaciones. Sin duda

estais en la idea de que el Grinselhof y los bienes que de él dependen son de mi pertenencia... pues no es así; no poseemos nada... somos mas pobres que el labrador que habita esa granja delante de la puerta...

(Se continuará.)

Exposicion

DE LOS CONCURSOS PARA LOS GRANDES PREMIOS DE ROMA Y DE LOS ENVIOS DE ROMA.

El asunto del premio del concurso propuesto para este año en la pintura histórica era la *Muerte de Priamo*. Pyro acaba de matar á Polytes, uno de los numerosos hijos del rey troyano. Priamo le echa en cara su barbarie, y Pyro furioso agarra al anciano rey por su blanca cabellera y le inmola en presencia de Hécula y de sus hijas desoladas al pié de los altares. Este drama forma una escena complicada á la cual sirve de fondo el incendio del palacio de Troya. Para un pintor no es un gran asunto, pues difícilmente lograría triunfar el talento del artista de la repulsion que causa el espectáculo de ese cobarde asesinato cometido sobre la persona de un anciano por el héroe griego. Sin embargo, como ejercicio de concurso, este tema de composición histórica permite que el talento de los jóvenes artistas se presente bajo varios aspectos. El conjunto del concurso, con pocas excepciones, ha sido muy débil.

El primer gran premio ha sido obtenido por J. J. Lefebvre, de edad de veinte y siete años, discípulo de M. Leon Cogniet; el primer segundo premio por M. A. L. Leloir, discípulo de M. Leloir, y de diez y ocho años de edad, y el segundo segundo gran premio por M. Girard, joven de veinte y tres años, discípulo de M. Gleyre.

La escena del *paisaje histórico* del concurso de este año tiene por teatro la Frigia. Sileno, no queriendo seguir á Baco en una de sus excursiones, es cogido por los pastores que arrastrándole, coronado de flores, por la campaña que todos sabemos, le llevan al rey Midas.

El primer gran premio ha sido concedido á M. P. A. Girard, de edad de veinte y un años, discípulo de M. Picot; y el segundo gran premio le ha tocado á M. Guillaume, joven de veinte y un años también, discípulo de MM. Picot y Abel de Pujol.

LOS ENVIOS DE ROMA.

En los envíos de los artistas franceses que estudian en Roma en la actualidad, se pueden señalar varias obras notables. La mas importante principiando por la pintura, es una gran composición histórica de M. Delaunay, laureado de cuarto año, que representa á *Bruto jurando derrocar la majestad en Roma*. Tiene en la mano el puñal con que Lucrecia acaba de herirse despues de haber revelado á su padre y á su marido en presencia de Bruto y de Valerio, llamado despues Publicola, el atentado criminal con que la ha infamado el hijo de Tarquino el Soberbio, bajo la amenaza, si no cedía, de degollarla, y de matar despues á un esclavo que pondría á su lado en su cama á fin de manchar su reputación y su virtud, al mismo tiempo que él la quitaría la vida. La escena está bien comprendida y bien agrupada. El drama, presentado con énfasis, es de un efecto extraordinario. La cabeza de Bruto, austera imitación del busto antiguo, respira una pasión concentrada y una enérgica resolución. El marido y el padre de Lucrecia forman con ella un grupo natural y bien dispuesto. Valerio, personaje secundario en la acción, sirve para reunir ese grupo á Bruto. La gradación del interés exigía que la expresión de sus facciones estuviere menos pronunciada que la de los otros personajes; pero quizá se ha llevado al exceso esta exigencia. Todas las conveniencias morales del asunto se hallan cuidadosamente observadas, parte importante en las composiciones históricas que descuidan muy á menudo hasta los grandes maestros. Nos complacemos en alabar la perfecta unidad de la composición de M. Delaunay. Para darla todo su valor y no distraer la atención del espectador, el artista parece haber sacrificado los detalles del modelado. También encontramos unidad en el color sombrío y vigoroso de este cuadro. Sin embargo, haremos una observación. Las dos figuras principales Bruto y Lucrecia atraen las miradas no solo por su actitud y su ademán, y por el puesto que ocupan, sino también por el color exclusivamente blanco de sus vestidos. Estas dos masas blancas de una altura casi igual y colocadas á cierta distancia enfrente una de otra, contrastan tanto mas cuanto el fondo es muy sombrío. Pensamos que para romper su oposición y su paralelismo demasiado marcados, habría sido útil poner entre ellas algunas partes luminosas secundarias, que les habrían servido de lazo de unión armonioso.

M. Sellier, laureado de tercer año, ha pintado con delicadeza una Magdalena desnuda y dormida en su gruta. El dibujo no carece de elegancia, pero el colorido de las carnes es demasiado triste.

M. Henner (segundo año) manifiesta un perfecto conocimiento del claro oscuro, tanto en su figurita que representa una *Mujer despues del baño*, como en su *Cristo en la cárcel*, ejecutado en grandes proporciones.

M. de Coninck (segundo año) trata muy bien las carnes y sabe expresar muy bien su relieve y su vida. Sus *Mujeres en el baño* forman una hermosa pintura, de un tono algo frío quizá para unas jóvenes de Capri, si la disposición de las rocas es, como creo, una reminis-

cencia de los peñascos de la isla situada al pié del palacio de Tiberio.

M. Didier (tercer año) es en la exposición el representante del paisaje histórico. En su composición titulada *Una derrota*, las figuras tienen más importancia que el paisaje, cuyo motivo está tomado en la Etruria. La campiña de Roma le ha suministrado un bonito asunto para representar una *Selva sagrada*, donde dos preciosas niñas, una vestida de color de rosa y tendida sobre la yerba y otra tejiendo una corona, se han detenido delante de una estatua colosal de Minerva, para hacerle algunas devociones menudas que la severa diosa tendría razón quizá para pensar que no son excesivamente respetuosas. Pero á la verdad, la hora no es favorable para pensamientos de una triste sabiduría; la primavera se ostenta en la verdura; la mañana es deliciosa; los rayos del sol lo inundan todo. ¿Porqué Minerva ha venido á ocupar en ese alegre paisaje un puesto que convendría mejor á Pan ó al Amor?

ENVIOS DE LOS ESCULTORES.

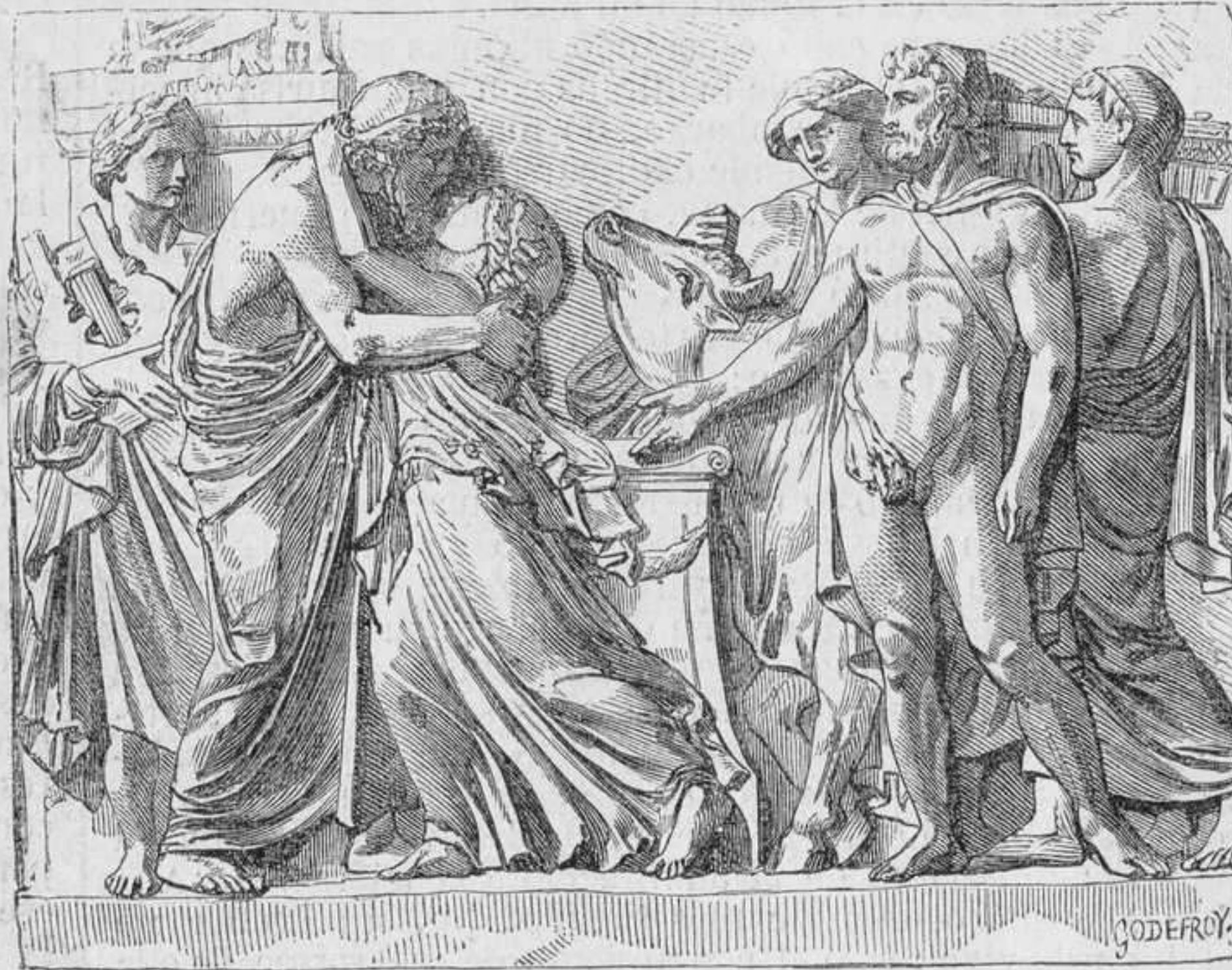
La escultura tiene un vicio original en medio de nuestra sociedad moderna, y este vicio consiste en que es pagana; es la glorificación de la fuerza y de la belleza física, contrastando plenamente en esto con la religión cristiana que predica la mortificación de la carne. Todas esas obras paganas que la escuela de Roma, la ciudad de los papas, envía á Paris cada año, tienen un mérito, y es el de ser fieles á su origen. Esta vez poseen algo más, pues podemos citar varias obras dignas de elogio por distintos conceptos.



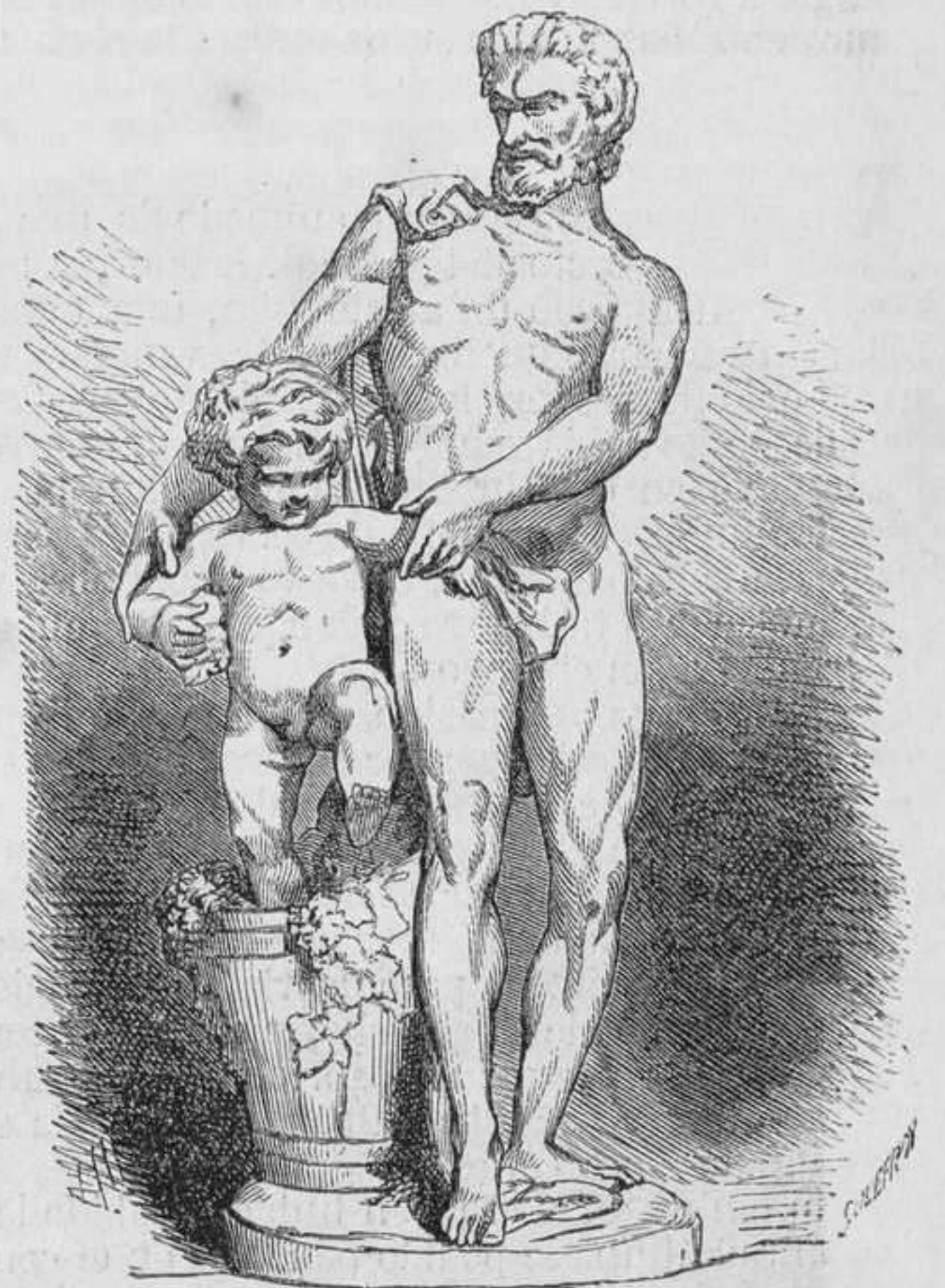
ENVIO DE ROMA. — EL JURAMENTO DE BRUTO, cuadro de M. Delaunay.]



MERCURIO INVENTANDO EL CADUCEO, por M. Chapu.



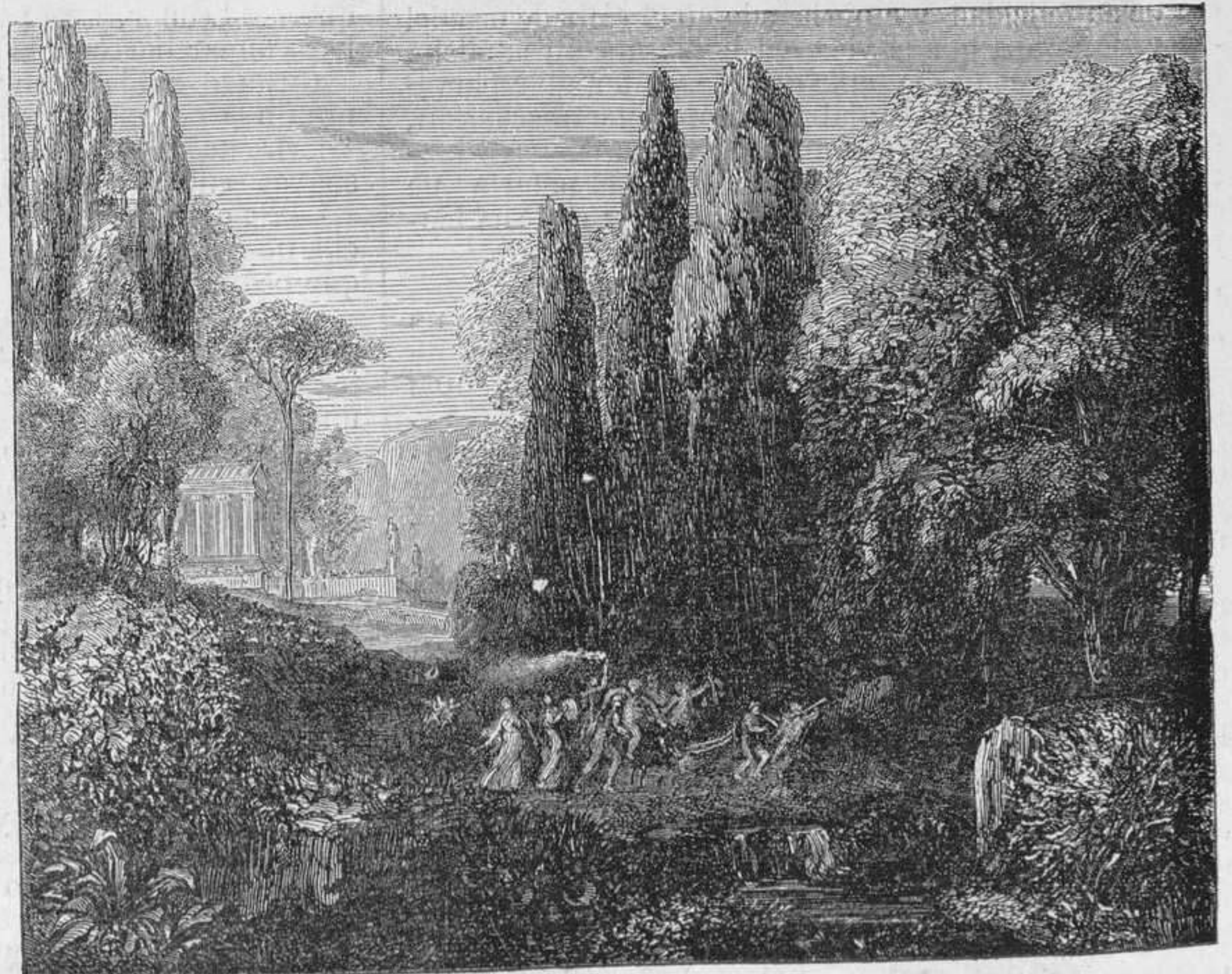
PREMIOS DE ROMA. ESCULTURA. 1er gran premio, concedido á M. J.-C. Samson. — CHRYSEIS DEVUELTA Á SU PADRE.



LA EDUCACION DE BACO, por M. Doublemard.



PINTURA HISTÓRICA. 1er gran premio concedido á M. J.-J. Lefebvre. LA MUERTE DE PRIAMO.



PAISAJE HISTÓRICO. 1er gran premio concedido á M. P.-A. Girard. LA MARCHA DE SILENO.

El *Jóven pescador* de M. Carpeaux, recuerda á primera vista una obra célebre de Rude; es un mozuelo más de una familia encantadora encontrada en el mármol. La postura y la actitud son naturales, y la cabeza es de una ejecución esmerada.

M. Chapu (quinto año) parece haberse inspirado en las obras antiguas para hacer su estatua un tanto fría de *Mercurio inventando el caduceo*. — M. Doublemard (cuarto año) no se ha mostrado bastante griego en su importante grupo de la *Educación de Baco*. Aristeo, el dios del cultivo de la viña, enseña al jóven dios á bailar pisando uvas. La figura del niño tiene un carácter totalmente moderno. Las formas de Aristeo merecen igual crítica. El cincel del artista es muy hábil; solo su estilo es digno de censura. Tratando asuntos mitológicos debiera decidirse á ser pagano.

Aun podríamos señalar algunas otras obras, pero nos falta espacio, y debemos limitarnos á citar el *retrato de Francisco I* copiado del Ticiano, único grabado que figura en la Exposición, debido al buril de M. Soumy, y entre los envíos de los arquitectos un estudio y una curiosa restauración del *teatro de Verona* (diez dibujos) por M. Guillaume. [J. D. P.]

Giovanni Battista Niccolini.

Giovanni Battista Niccolini nació en Bagni di San Giuliano, cerca de Pisa, el 31 de octubre de 1782, y no en Florencia en 1785, como dicen casi todos sus biógrafos.

Colocado en la universidad de Pisa,

despues de haber hecho algunos estudios elementales en las escuelas eclesiásticas, sus felices disposiciones le valieron la atencion y los consejos de dos hombres eminentes, Angelo María d Elci, poeta de Siena, satirico y epigramático y bibliófilo entendido, y Ugo Foscolo. Al primero Niccolini debió ese culto razonado de la antigüedad, tan estrechamente unido con el de la poesia en los letrados italianos del siglo XIX (testigo Leopardi); y Foscolo le comunicó el apasionado ardor de su patriotismo y su odio á lo extranjero. Siempre le demostró la mas viva amistad. A Niccolini, jóven y desconocido aun, está dedicada la traduccion de *la Cabellera de Berenice*, y segun los comentadores, Foscolo representó á Niccolini en el personaje Lorenzo.

Cuando comenzó á darse á conocer como poeta fué en 1804. La peste que desolaba á Liorna le inspiró una composicion titulada: *la Pieta*.

Estas poesias, no muy notables, le señalaron á la atencion de la princesa Elisa, entonces soberana de la Toscana, que en 1807 le nombró bibliotecario y profesor de historia y de mitología en la Academia de bellas artes de Florencia.

Sobrevino la restauracion gran ducal. Una comision provisional tomó las riendas del gobierno hasta la llegada de Fernando III, y uno de sus primeros actos hizo comprender á Niccolini los inconvenientes á veces burlescos de la vida cortesana.

Segun la nueva etiqueta, los funcionarios del palacio estaban obligados á llevar coleta postiza: Niccolini no quiso cumplir esta orden, y por esto le enviaron á una fortaleza. Fernando III apenas instalado, se apresuró á reparar los efectos del celo de sus consejeros y eligió á Niccolini por bibliotecario del palacio; pero este incidente habia acabado de enfriar la corta ambicion de



NICCOLINI, poeta italiano, muerto en Florencia.

nunca mas distinciones, ni siquiera la cruz del Mérito civil que le ofreció Victor Manuel. Habiendo llegado á adquirir una influencia considerable y dotado de una sagacidad que rara vez coincide con el desarrollo de las facultades poéticas, su popularidad no se vió comprometida mas que una vez, en 1845, cuando no quiso asociarse á las entusiastas ilusiones del partido que anhelaba conducir á la Italia á la independencia y á la libertad bajo la bandera del papado.

Victor Manuel deseó ver al hombre cuyos apasionados escritos habian hecho tanto por la causa de la que era el soldado coronado. Dos amigos sostenian el paso vacilante del achacoso poeta. Victor Manuel le alargó la mano, se quedó con la cabeza descubierta todo el tiempo que duró la entrevista, y leyó con emocion un papel donde el poeta recordaba sus largos trabajos. Antiguamente habia trazado en una de sus composiciones mas aplaudidas el retrato del rey ideal que necesitaba la Italia:

Sia di quel re scettro la spada e l'elmo la sua corona...

Hay dos inclinaciones bien marcadas en la obra de Niccolini: la primera que ocupa su juventud es puramente literaria y eminentemente clásica; aun no ha descubierto su propio camino, sino que busca, imita, traduce; unas veces se propone los griegos por modelo, otras los ingleses.

Nabucco marca bien la segunda manera de Niccolini; es un drama alegórico, donde la leyenda antigua oculta la epopeya napoleónica. En esta tragedia singular, Nabucco representa á Napoleon; Amiti es María Luisa; Mitrane, Pio VII;

Arsace, Carnot. A cierta distancia nada mas frio que estos disfraces y nada mas oscuro. Un crítico muy autorizado, el señor Bersezio, ha llegado hasta el punto de poner en duda su realidad.

Niccolini, y como la herencia de un tio materno viniese á darle la independencia, envió su dimision inmediatamente.

La vida oficial de Niccolini se concluye aquí. No aceptó



TUMBA DE JACQUARD, ELEVADA EN EL CEMENTERIO DE OULLINS.

Nabucco se imprimió en Londres en 1819 bajo la dirección de Foscolo; la sensación que produjo fué muy grande, y el Austria pidió al gobierno toscano el castigo del autor de ese libelo bíblico; pero el inteligente ministro que gobernaba entonces la Toscana, Fossombroni, se obstinó en considerar *Nabucco* como una obra exclusivamente literaria, fingió no comprender las intenciones que había descubierto la diplomacia de Viena, y Niccolini no fué molestado.

Vienen despues las piezas en las cuales se acusa el doble sistema de Niccolini: *Antonio Foscarini* (6 de febrero de 1827); *Lodovico il Moro*; *Giovanni da Procida* (1830); *Arnaldo da Brescia* (1843); y *Filippo Strozzi* (1847). Venecia, Génova, Roma, Milan, Palermo, hé ahí los héroes de esas composiciones de las cuales algunas tuvieron un éxito ruidoso.

En *Giovanni da Procida* es donde Niccolini ha formulado con mas claridad sus teorías políticas.

«Queremos á los extranjeros en su casa,» exclama Procida. — *Rpassin l'Alpi e tornerem fratelli...*

Por el mérito propio del estilo y de las situaciones, así como por su popularidad, *Arnaldo da Brescia* es superior á las demás tragedias de Niccolini.

Impresa secretamente en Marsella, esparcida en breve en toda la Italia, anatematizada por la iglesia y perseguida por todas las policías de la península, la fortuna de esta producción fué prodigiosa.

Niccolini ha escrito en prosa sobre diferentes asuntos. Sus lecciones de mitología profesadas en la Academia han sido publicadas en dos volúmenes (1835).

Niccolini deja por concluir una *Historia de la casa de Suabia* en italiano y una traducción de Esquilo.

Niccolini falleció el 20 de setiembre á las tres de la tarde al cabo de cuatro meses de agonía. Sus funerales han sido pagados por la ciudad de Florencia, y á ellos asistieron el marqués Cosimo Ridolfi, presidente de la comision de la exposicion; el marqués Gino Capponi, archicónsul de la *Crusca* (Niccolini era uno de los diez y nueve miembros de esta famosa sociedad); el general Giacomo Belluomini, comandante de la guardia nacional de Florencia; el senador Raffaele Lambruschini; el marqués Bartolomeo, síndico de Florencia; el canónigo Brunone Bianchi, secretario de la *Crusca*; y el príncipe Fernando Strozzi, presidente de la Academia de bellas artes.

Niccolini ha sido enterrado en el verdadero panteon italiano, en Santa-Croce. Bajo las bóvedas elevadas por Arnolfo di Lapo, reposan al lado de la tumba vacía del Dante, Miguel Angel, Maquiavel, Galileo, Alfieri, y el mismo antepasado de Niccolini, Filicaja. — Su nombre ha sido dado á uno de los teatros de Florencia, el antiguo teatro Cocomero. D. O.

Monumento fúnebre

ERIGIDO Á LA MEMORIA DE JACQUARD.

El 2 de octubre ha tenido lugar en Oullins la inauguración de un monumento fúnebre elevado á la memoria de Jacquard en presencia de M. Pelvey, secretario general delegado del senador prefecto del Ródano, de los presidentes del tribunal de comercio y del consejo de prudhommes, del señor alcalde de Oullins, M. Arles Dufour y algunos de los representantes mas eminentes de la fábrica lionesa.

El pueblo de Oullins donde Jacquard ha concluido su carrera, le ha consagrado ya en su iglesia un piadoso recuerdo. Su tumba, en el campo santo, no tenia otra señal que una morena; este árbol precioso era un símbolo de la industria que el ilustre difunto hizo progresar tanto, al mismo tiempo que demostraba la modestia de su vida y la sencillez de sus costumbres.

El tribunal de comercio de Lyon quiso que los restos mortales de Jacquard fuesen depositados en un monumento duradero, y este es el que acaba de ser inaugurado.

Este monumento no llama la atención por la grandeza de sus proporciones, pero sí por una pureza de dibujo y por una armonía con el lugar donde está colocado, que hacen mucho honor al arquitecto. Sus adornos son del mejor gusto, y las facciones de Jacquard han sido fielmente reproducidas.

M. Clair-Tisseur, arquitecto, encargado de esta obra, debia dar un doble carácter á este monumento, que es á la vez una tumba donde se encierran los huesos de Jacquard y un recuerdo honorífico.

En conformidad á esta idea, el monumento se compone primero de un sarcófago de piedra de Crussol que se eleva sobre la tierra y contiene los restos del ilustre mortal, apoyado en un edículo cuyo basamento es de la misma piedra con la parte superior de mármol de Carrara. El edículo se compone de dos pilastras de órden jónico, con un coronamiento adornado sobre el cual se aplica una cruz.

Entre las pilastras se encuentra el asunto principal: la ciudad de Lyon coronada de almenas y con una lanzadera en la mano, deposita una corona sobre el busto de Jacquard. En el fondo se ve grabado y dorado un telar á la Jacquard que ha sido estudiado libremente segun el gusto griego; á los piés de la Ciudad un leon, y en el pedestal del busto una inscripción que indica la fecha del nacimiento y de la muerte de Jacquard. La estatua, obra de M. Bonnet, respira nobleza. En el tímpano del fronton se lee esta inscripción: *A Jacquard*, rodeada de una guirnalda de moreras que recuerda á la vez la industria de Jacquard y la morera plantada sobre la tumba que ha ocupado durante veinte y cinco años; de la guirnalda sobresalen finas hojas que se extienden sobre el fondo de la inscripción.

Real Academia española.

DISCURSO LEIDO POR EL SEÑOR DON ANTONIO ALCALÁ GALIANO EN LA JUNTA CELEBRADA EL DIA 29.

(Conclusion. — Véase el número 439.)

Esto último, señores, si no es que alucina y ofusca su ya escaso discernimiento á aquel cuyas palabras estáis escuchando con tanta bevolencia, prueba cuánto y de qué manera puede aprovecharse el estudio y cotejo de varias lenguas para el cabal conocimiento y mas acertado uso de cada cual de ellas, y acredita asimismo que no es necesario, para tratar materias de cualquiera clase en términos conformes á las condiciones de la edad presente, valerse de la frase francesa, como es práctica corriente en lo general de nuestros escritores, si bien con excepciones tanto mas honrosas, cuanto son mas escasas.

Hay sin embargo una razon que puede alegarse para estimar impertinente el conato ó deseo de afanarse por restituir á nuestra lengua la perdida pureza.

¿A qué viene (puede decir y nos dirán) pretender que sea el idioma castellano en el siglo XIX ya mediado lo que era en el siglo XVI y XVII, ó aun en el XVIII, y que hablen los hombres del día tan diferentes de sus antepasados, como estos hablaban? Si estáis encargados de limpiar la lengua y queréis cumplir con esta vuestra primera obligacion, mirad bien primero si lo que en ella os parece manchas no es el nuevo tinte que va tomando con el trascurso del tiempo; tinte imposible de mudar, porque es efecto de causas cuyo poder no alcanzan á destruir ni á contrastar las humanas fuerzas. Vivimos, pensamos, sentimos y procedemos muy de otro modo que nuestros mas ó menos remotos abuelos, porque ha mudado todo cuanto nos rodea, y luces mas claras nos descubren infinitos objetos que antes no percibíamos por las tinieblas en que estaban ocultos; y el habla, expresion de los pensamientos y afectos y explicacion de los actos del hombre, está, como es fuerza que esté, alterada y notablemente trocada.

No camina retrocediendo el linaje humano; y así como en lo físico no corren hácia sus fuentes los rios, en lo intelectual el hombre no vuelve á lo pasado, sino que al revés pone la mira y endereza el paso con mas ó menos velocidad y firmeza á lo venidero. La lengua castellana, como las demás, y como todas las otras cosas del mundo, irá de día en día variando, y en el siglo XX será muy diferente, no solo de lo que fué en los tres al nuestro anteriores, sino tambien de lo que es ahora.

Son en parte buenas y valederas las razones que acaban de exponerse en desaprobacion del intento de restituir su pristina pureza á nuestro idioma; pero en otra no menor parte son erróneas, porque proceden de un supuesto equivocado, y en ellas lo que contienen de cierto contribuye á dar un valor no debido á lo que encierran de falso; siendo por lo mismo provechoso y necesario tenerlas presentes y sujetarlas á exámen para explicarlas y en algun punto refutarlas. No siempre al querer ir adelante vamos por el camino que mejor guia al paradero á que nos proponemos arribar, pues hay una cosa á la cual se da el nombre de extravío, y quien se ha extraviado acierta cuando retrocede, si lo hace para ponerse otra vez en la senda de que no debia haberse apartado.

No son los progresos en las artes ó en la parte de las letras, que mucho de arte contiene, continuos y constantes; pues tras épocas de gloria vienen otras de género contrario, en las cuales retroceder es acción igual á la de quien separado del buen camino desanda lo mal andado y vuelve al lugar de donde salió; acto que, sobre abonarle la razon, es práctica mas de una vez seguida, y ciertamente no á ciegas. Esto aparte, no es una reproducción cabal y fiel de los escritos del siglo XVI ó XVII lo que debe recomendarse á los autores de la edad presente, ó lo que, aun recomendándolo, podria de ellos esperarse que fuese puntualmente seguido.

No: las copias, aun las superiormente ejecutadas, carecen de brío y no alcanzan el mas alto precio: el remedio, aun el mejor hecho, si admira y es justamente aplaudido, á la par que causa admiracion, provoca á risa. En todos tiempos y casos es la espontaneidad joya preciosísima en el tesoro de las producciones del ingenio humano.

Así que lo apetecible, lo que ha de buscarse en escritos contemporáneos no es que aparezcan en ellos imágenes del día presente vestidas con añejas galas, sino que los arreos que revistan á los pensamientos, nuevos ó viejos, no sean empréstito hecho á los extraños, sino prendas propias que sienten bien á la naturaleza antigua y perenne, y al rostro y talle del objeto del cual están destinados á ser adorno. Lazos á cada hora mas estrechos y que han de ir estrechándose, ligan hoy unos con otros á los pueblos, y sin embargo la idea de hacer del mundo una sola nacion con una sola lengua, no solo es deseada, porque su logro, una vez llegado, sería funesto. La emulación entre naciones no enemigas, pero sí noblemente rivales, tanto en la region literaria cuanto en la política, da de sí las consecuencias mas provechosas.

Mantenga pues cada lengua su carácter; púlase, perfecciónese, enriquezcase; pero no trueque todo ó parte de su caudal antiguo por otro nuevo traído de afuera; haga en lo posible propio lo que se vea precisada á tomar de lo ajeno; conserve, como las personas, la fisonomía y aun el espíritu de familia; y al modo que en las mas de estas retratan y renuevan los hijos las facciones y aun las calidades intelectuales y morales de los padres, particularidad á que contribuyen la virtud

y la educacion, véase constantemente en el lenguaje escrito que hay color y formas nacionales; herencia lejana de nuestros mayores, de unos á otros transmitida, y con respeto sumo y amor entrañable conservada. Cabelmente á alcanzar este fin de conservar la variedad de idiomas, juntamente con la comunidad de ideas, ya encaminado el medio propuesto en este imperfecto bosquejo, del cual mano mas hábil, tomándose el tiempo necesario, podria sacar un cuadro acabado donde apareciese probado y patente lo que aquí solo está indicado y queda confuso.

Hay empero una objecion de grande fuerza, no solo contra la idea de apelar al estudio de las lenguas extrañas como un medio entre otros varios de acertar con los modos de purificar la propia, sino contra todo intento de limpiar, acrisolar y fijar un idioma; lo cual es, en sentir de quienes así opinan, trabajo ocioso con desperdicio del tiempo que en él se invierte. Para declarar los pensamientos está la palabra (segun esta opinion); para recoger las palabras está la pluma; con que exprese un autor lo que piensa basta, y la belleza misma de las formas nace de la ya acertada expresion de los conceptos con la cual atinan sin guia ni preceptos los buenos ingenios; siendo sabido que todas las reglas hechas y dictadas lo han sido á posteriori sacándolas de la práctica de los autores primitivos. Conformándose con tal parecer, están de mas el arte poética, la retórica y aun la gramática, así como todo precepto en materia de arte, y deben servir de única guia á los escritores el instinto y la rutina hija de la lectura.

Cuestion inmensa y gravísima es esta, señores, y no para tratada de priesa y de una manera superficial; razon bastante á disculpar que vaya aquí apuntada, y no resuelta, ni examinada siquiera; debiéndose con todo no ocultar que está por la negativa de la doctrina que acaba de exponer en breves palabras quien esto habla, y que debe estarlo el Cuerpo de que es miembro, pues su creacion, su existencia toda y su vida actual son una protesta contra los que se resisten á reconocer autoridad alguna, aun la mas moderada, aun la mas ilustrada, aun la mas detenida en la comunmente llamada república literaria, la cual, faltando en ella toda autoridad, no sería ya ni república, sino turba confusa y alledadiza, falta absolutamente de cualesquiera reglas ó leyes.

Hay, sobre las consideraciones antes aquí expuestas y fuera de ellas, una cosa que, mas que objecion á la doctrina que acabais de oír, es peligro, y peligro no leve, el cual amenaza á la por otro lado serena region de la literatura. Este mal inminente es la invasion de la democracia en su terreno. Cuando de ella hablo, libreme Dios, como libre estoy hasta ahora, y como debo estarlo, yendo en este punto acordes mi obligacion, mi intencion presente y mi deseo de dar entrada en este recinto á cuestion alguna política de las que hoy suscitan, avivan, acaloran y exacerban las pasiones, rompen amistades, engendran odios nuevos, enconan los antiguos, nos acompañan á todo lugar, se mezclan, aun cuando tal no se quiera, en toda conversacion y hasta en el serrado del retiro doméstico penetran, donde suelen turbar la dulce paz de la familia.

La democracia, á cuya invasion alude la frase que acabais de oír, es puramente la literaria; es la entrada, y á la postre, como consecuencia forzosa de ella, la dominacion del vulgo en el campo de las letras y artes; del vulgo totalmente indocto, pues no merece menos dura calificacion su corto saber; vulgo que, en algun modo, invirtiendo el órden seguido en la enseñanza, antes de leer escribe; vulgo que no niega la verdad de ciertas reglas porque ni sospecha que existan, y cuya irrupcion, pisando, allanando y aniquilando todo lo bello, todo lo artístico, de seguro si tuviere efecto y llegare á convertirse en el firme establecimiento y preponderancia del invasor, traerá el mundo á una situacion, si no igual, parecida á la barbarie.

A este mal previsto, ya le abulte ó no, en cuanto á su magnitud ó en cuanto á su proximidad, una imaginacion medrosa, solo puede haber un remedio que será ya preventivo, ya curativo, y que tambien obrará á un mismo tiempo de ambos modos.

Este remedio es el estudio y los frutos que de sí dan la ilustracion difundida, la lingüística bien cultivada, la teórica de varias lenguas y de cada cual de ellas en particular perfectamente conocida, y la reduccion á práctica de los preceptos en producciones elegantes y correctas. Como en política se ligan los pocos y alguna vez triunfan de la muchedumbre, así en literatura los Aristoi, Optimates ó mejores, deben concertarse, trabajar unidos y resistir al agresor por todo linaje de medios, con la seguridad de que en tales lides no corre peligro el bien público; no siendo posible que de la victoria de la ciencia sobre la ignorancia ó de la superioridad intelectual sobre la medianía y lo á esta inferior, resulten daños, ni aun siquiera los mas leves.

Arrogancia sería, sin embargo, prometerse la victoria en una contienda en la cual, como en todas, si vale mucho el saber dirigir la campaña, es por otra parte la fuerza numérica extremada y casi irresistible poderosa. Bien será con todo resistir; y si no engaña la pasion á quien así se explica, obligacion es de todo amante de la buena literatura, y lo es particularmente de esta real Academia, tomar parte en la resistencia, y tomarla muy activa, procediendo con ardor y sustentando la causa justa con tenaz perseverancia. Si esto no bastare, al lamentar la desdicha del vencimiento quedará el consuelo de haber hecho todo lo posible y todo lo debido para alcanzar victoria, disputando con valor y teson el campo.

Al concluir, señores, mi trabajo con este consejo, no se me oculta (fuerza es repetirlo para terminar tan cansado discurso) que merece el consejero ser tachado de dar sobrada importancia á un punto que, aun cuando alguna tenga, solo puede tenerla muy corta. Acaso, y sin acaso, son excesivos el terror que manifiesta considerando posible el triunfo de sus contrarios, y el dolor que siente cuando supone su causa perdida. Tal vez le domina una pasión, la del amor á su lengua patria; pasión que, como todas, abulta, realza y rodea de una aureola luminosa al objeto amado; anubla la vista para que no perciba defectos; lleva á cerrar voluntariamente los ojos cuando recela que descubran manchas; sueña perfecciones, siente celos, ve donde quiera peligros, y considera la pérdida de lo que es para él lo primero en este mundo como la calamidad mas espantosa. Que esto puede ser, y aun que algo hay de ello en todo el contexto de este discurso, mal podría negarse.

Y con todo eso, solicitando de nuevo vuestra indulgencia, y teniendo la osadía de creer merecerla, y la no menos atrevida esperanza de lograr su pretension, dirá que no debe parecer extraño, en el seno de este cuerpo y delante del ilustrado auditorio que nos rodea y honra, que el triste anciano, de cuyos trabajosos esfuerzos, semejantes á las llamaradas de una luz próxima á apagarse, estais siendo testigos, al prever daños á los objetos de su amor y culto, muestre el carácter que toma una pasión en los últimos y muy avanzados años de la vida, cuando lo intenso suplente á lo ardiente del sentir, y que con la ternura comun á la niñez y á la vejez, que por ser hija en ambas de la debilidad física y mental, se apodera del espíritu y le domina teniendo y divinando cercano el acabamiento del bello idioma de Garcilaso y Granada, de Leon y Cervantes, de Mariana y Sigüenza; conmovido y tomando el tono y forma de plegaria, una vez mas repita la ya en tantas ocasiones repetida exclamación: ¡Dí, meliora!...

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

¿Qué es el diamante? — ¿Qué viene á ser un pequeño trozo de carbon? — Metamorfosis de los guijarros en piedras preciosas. — Cristalización. — Producción artificial de los corindones, rubíes, etc. — Criadero del diamante. — Principales minas. — Los mayores diamantes conocidos. — Trabajo del diamante. — Tallería imperial de París y su descripción. — Importancia de la nueva industria.

De cuantas piedras preciosas se conocen, el diamante es la que mas atrae seguramente la atención así por su belleza como por su valor, no habiendo nadie que no se haya sorprendido al admirar su extraordinario brillo, ni nadie que no haya visto con cierto placer jugar la luz en el mineral de faceta en faceta y difundirse por fuera en garba centelleante. Se han hecho sobre él todos los sueños posibles, se han forjado quimeras, y hasta la leyenda se ha mezclado en ello, atribuyéndole un origen aparte, misterioso y casi oculto.

Y sin embargo de esto, ¿qué es el diamante sino un pobre trocito de carbon ordinario? ¿Qué ilusión y qué desencanto para los admiradores de este pedazo de piedra resplandeciente! El idolo cae de su pedestal: es de materia comun como todo lo que le circunda. ¡Gran lección que da la naturaleza á la humanidad!

Si se toma carbon y se hace cristalizar, obtiéndose el diamante.

Si se coge un diamante y se destruye el equilibrio molecular que le mantiene cristalizado, ya no se tiene mas que un carbon.

La sustancia que forma el diamante es la que constituye el carbon (voz tomada aqui en la acepción de carbono puro); todo lo que compone el carbon se halla integralmente en el diamante. La diferencia consiste en la disposición particular de las moléculas de la sustancia, pues si se las arregla de un modo conveniente, el resultado será carbon ó diamante, segun el agrupamiento molecular.

Lo que acabamos de decir de tan precioso mineral se aplica á una multitud de otras sustancias. No es, pues, un hecho aislado, sino un fenómeno general que á cada instante nos presenta el estudio de las ciencias naturales.

Si se quieren algunos ejemplos tomados á la ventura, helos aquí.

En los mas de los caminos se encuentran guijarros gruesos, unos redondos y otros cortantes: esto es lo que se llama *sílice*, piedra conocida de todos. A orillas del mar, en medio de los arenales, se ven otros guijarros redondeados y negros, que los bañistas y los *turistas* los conocen con el nombre de *tejas ó morrillos*. Nadie ignora tampoco lo que es la *piedra de chispa*. Pues bien: sílice, morrillo y piedra de chispa, todos estos guijarros no son mas que esa piedra preciosa tan clara y pura que los joyeros denominan *cristal de roca*, é iguales á la amatista, ágata, calcedonia, cornalina, ónice, ópalo, jaspes, etc.; misma sustancia, misma composición, sin mas diferencia, — y la hay por cierto para la vista, — que la contesura particular de las moléculas, la cristalización de la sustancia.

Una comparación mas al alcance de todos evidenciará aun mejor este hecho.

Tómese azúcar blanca ordinaria de pilon, y póngase al lado azúcar cande: jamás se dirá que es la misma sustancia, á pesar de que hay identidad completa entre ambas, y de que no se hallará en la una nada que no se encuentre tambien en la otra. Sin embargo, el aspecto es en un todo diferente, y nadie confundirá las dos muestras. En este caso, como en el anterior, esa transformación radical en la apariencia de la materia consiste exclusivamente en la cristalización. El azúcar cande es azúcar comun cristalizado.

Si insistir mas en esto, ahora se comprenderá que muchas sustancias de que no hacemos caso diariamente no se dife-

encian de las mas exquisitas piedras preciosas sino por la disposición distinta de las moléculas; y si tuviésemos en nuestro poder los medios necesarios para hacerlas cristalizar, sabríamos trasformarlas de guijarros comunes en piedras de una hermosura excepcional.

¿Es posible, pues, operar artificialmente esta transformación? Varias investigaciones se han hecho con este objeto. Los señores Ebelmen, Senarmont y Gauguain han logrado por medio de ingeniosas operaciones cristalizar ciertos minerales y producir corindones, rubíes, etc. Pero hasta ahora han fracasado cuantas tentativas se han probado para modificar la estructura del carbon y cristalizarle; no habiéndose aun producido, segun se ha dicho sin razon, verdadero diamante, carburo puro cristalizado. Es fácil, por el contrario, destruir la cristalización del mineral y hacerle pasar al estado de simple carbon.

Para esto hasta, segun lo ha indicado el distinguido químico francés M. Jacquemin, colocar el diamante entre los dos conos de una poderosa pila de Bunsen, volviéndose al punto incandescente y despidiendo una luz tan viva que la vista no puede soportar su brillo. Si se le observa al través de un vidrio ennegrecido, échase de ver que se infla y se divide en muchos fragmentos; y ya frio, puede comprobarse que ha mudado completamente de aspecto, poniéndose mas voluminoso, de un color gris metálico, friable y parecido por todos sus puntos al cok ordinario.

El diamante viene principalmente del Brasil y de la India. En América se encuentra en los terrenos de aluvion procedentes de la destrucción de rocas ferruginosas que pertenecen á la formación de los esquistos arcillosos. En los reinos de Visapor y Delcan y en los valles del Pennar y Krichna (Indostan) se halla en una especie de gres. El precioso mineral de que hablamos está diseminado en corta cantidad por estos depósitos y á menudo rodeado de una película térrea bastante adherente que impide reconocerle antes del lavado con gran agua, separando así los guijarros gruesos para buscarlo en el residuo.

Los mayores y mas celebrados de los diamantes conocidos son los siguientes: el de Agra, que pesa 475 quilates; el del rayá de Matan en Borneo, 300; el del antiguo emperador del Mogol, 279; el del emperador de Rusia, 193; el del emperador de Austria, 139; y el Regente de Francia, llamado así por haberse comprado durante la regencia del duque de Orleans en dos millones y medio de francos, pero vale mas del doble: su peso era de 410 quilates en bruto, y el trabajo de su talla duró dos años. Todos estos diamantes proceden de la India.

Apenas hay algunos años que los diamantes brutos que venian á Europa de este país ó del Brasil por la via de Inglaterra, iban todos á Holanda para tallarse allí, teniendo Amsterdam el monopolio de la talla de las piedras preciosas.

No obstante esto, ya en diferentes ocasiones se habia intentado quitarle este privilegio y establecer una tallería de diamantes en París. Las primeras tentativas son muy antiguas, y sin querernos remontar á los ensayos de Luis de Berguém en el siglo XIII, ni á los de sus sucesores del XVI, señalaremos inmediatamente los muchos esfuerzos de Mazarin por dotar á la Francia de una industria ya importantísima en aquella época, prodigando estímulos y premios á algunos lapidarios de Holanda y dándoles á tallar los doce bellos diamantes de la corona conocidos con el nombre de los *Doce Mazarinos*. Su protección fué tan eficaz, que á poco contaba París con unos cien artifices diamantistas; pero á la muerte de dicho ministro desaparecieron todos como por encanto.

En el reinado de Luis XVI hizo Calonne una nueva prueba: mandó venir de Amsterdam á un contra maestre y le estableció en el arrabal de San Antonio con veinte y cinco operarios, los cuales desaparecieron en breve como sus antecesores, y desde entonces la Holanda quedó en posesión de su rico privilegio.

En una época, sin embargo, como la presente, en que todo progresa y suele salir bien, en que caen las trabas, y en que cuanto tiene razon de existir encuentra protección y estímulo, era el caso de hacer una última tentativa.

Un distinguido industrial parisiense, M. Bernard, ha vuelto á emprender con tesón y ardor la obra que no habia surtido efecto en tiempos no tan bonancibles: acudió á la misma ciudad de Amsterdam en busca de diamantistas, fundó una tallería en París y solicitó la soberana protección, que le fué concedida.

En este nuevo establecimiento compuesto de un solo taller vasto y espacioso, y construido tan simple como elegantemente, es curioso estudiar los procedimientos empleados para trasformar un diamante bruto en una piedra brillante y hermosa. Si nos lo permitiesen los estrechos límites en que debemos encerrarnos en un artículo de esta naturaleza, haríamos una descripción detallada de las diferentes modificaciones que experimenta el diamante desde su llegada del punto de producción hasta entregarlo al comercio; pero no podemos resistir al deseo de presentar á los lectores del CORREO DE ULTRAMAR algunas particularidades que puedan agradecerles.

En la tallería imperial de París pueden tomarse á manos llenas los diamantes en bruto por ser tan comunes en ella como los pequeños guijarros en las carreteras, y los hay de todos colores, blancos, verdes, amarillos, negros, etc. Tienen bastante bien la apariencia de las piedrecillas traslucientes que se cogen en las playas del mar en medio de las conchitas, caracolílos y estrellas marítimas. Los mas son blancos ó solamente teñidos en su superficie de un color verdoso ó amarillento que desaparece con la talla. Son irregularmente redondeados y presentan la forma de un cubo deformado ó tambien la de octaedros ó dodecaedros romboidales modificados. Al tocarlos ocurre la idea de cómo es posible que esos pequeños guijarros informes lleguen á adquirir en manos de diamantista tanto precio.

Sabido es que el diamante es el mas duro de todos los cuerpos conocidos, y por lo tanto no puede pulimentarse sino con polvos de otro diamante; y aunque se haya pretendido

que el boro es aun mas duro que el carbono cristalizado, hasta ahora se ha usado sin éxito alguno en la fábrica que nos ocupa, por cuya razon sus operarios recogen con el mayor esmero los polvos que ellos producen y que utilizan para tallar el diamante.

En esta operación, — necesario es decirlo, — depende la excelencia del trabajo únicamente del artifice, quien debe guiarle, dirigirle en todo y conducirlo á su último grado de perfección: lo cual esplica la dificultad de encontrar buenos operarios diamantistas, que en definitiva son verdaderos artistas, cuya habilidad se comprende con solo saber que un diamante, por pequeño é imperceptible que sea, debe tener, como los mas gruesos, sesenta y cuatro facetas perfectamente regulares. Muchas veces un diamante en bruto no es mas grueso que una cabeza de alfiler, y el detalle de estas maravillosas perfecciones que el artifice obtiene con la simple vista no puede apreciarle el comprador sino por medio de un microscopio.

La talla suele reducir la mitad del volumen de la piedra preciosa, y todo su mérito consiste en la suma regularidad de las facetas. Es indispensable que lo que se llama *tabla*, esto es, la parte plana que se nota en todos los brillantes, corresponda exactamente á la parte puntiaguda ó piramidal, llamada *culata*, que termina inferiormente la piedra. Es preciso que el diamante no sea ni muy delgado ni muy espeso: si lo primero, solo retiene y refleja la luz de un modo imperfecto; y si lo segundo, la descompone mal, y en ambos casos da poco brillo.

La talla en *rosa* se obtiene como la de en *brillante*; solamente que la parte inferior del diamante queda plana, y el número de facetas se limita á veinte y cuatro.

Hace ya años que se veía con sentimiento una decadencia muy marcada en el arte de la talla, y demostrada cada dia por la diferencia de precio entre los diamantes de talla antigua y los de la moderna. Las piedras recién salidas de los obradores de Amsterdam están talladas de una manera tosca é imperfecta, sin tener el juego ni el brillo que es de desear; pues sus dueños, seguros de la venta, no temian exagerar en efecto utilidades ciertas, dejando el trabajo incompleto para conservar un exceso de peso á espensas del brillo y de la pureza.

Solo la competencia podia dar al arte su perfección primitiva; primer progreso que realizará la fábrica imperial de París. Hay otro que tiene tambien su importancia, y es la supresión de gastos y dilaciones inútiles, por cuanto en adelante el diamante bruto, que llega directamente del Brasil á París, será tallado y vendido aqui mismo. Por último, la talla de piedras preciosas ocupa en Amsterdam mas de 3,000 operarios, cuya mano de obra les vale 3.800,000 francos; para 40 lapidarios que cuenta esta ciudad, se calcula que mas de 10,000 individuos viven en ella de este comercio, y trafican anualmente por una cantidad de 100 millones de francos en diamantes. Es, pues, evidente que la importación de una industria tan considerable va á ser para la Francia un verdadero manantial de riquezas.

Fiesta de la Sociedad federal de los oficiales suizos.

En los dias 7, 8 y 9 de setiembre último se ha celebrado una fiesta suiza en Lugano, capital del canton del Tesino, la cual tiene lugar por turno cada año en la capital de uno de los veinte y dos cantones, y se llama fiesta de la *Sociedad federal de los oficiales*. Esta vez le habia tocado al canton del Tesino, italiano por su lengua como es sabido, y separado de lo restante de la Suiza por la cordillera del San Gotardo. La entrega de la bandera debia ser hecha por la seccion de Ginebra, que la guardaba desde la última fiesta celebrada en su canton. Con este motivo la delegación ginebrina, á cuya cabeza marchaba el general Dufour, ha recogido la expresión de la mas viva simpatía en el largo camino que ha debido recorrer. El honorable general, muy querido de todos en su canton y en toda la Suiza, ha excitado tal entusiasmo, que á las tres de la madrugada las poblaciones de los Altos Alpes velaban aun para esperar y saludar al cortejo. Hombre sin tacha en su vida privada, oficial cuyos vastos conocimientos han obtenido desde hace tiempo el respeto de todos; jefe amado de todo el ejército, y ciudadano experimentado y contra el cual nadie ha elevado su voz en el suelo patrio, el general Dufour, á quien ya el Tesino habia saludado como ciudadano unánimemente elegido, ha recogido en esta ocasion las mas hermosas y dulces recompensas de una carrera envidiable. En nuestro dibujo damos su retrato trazado con toda exactitud por M. A. Champod, teniente en el ejército suizo. J. M.

Inauguración

DEL FERRO-CARRIL DE BARCELONA Á ZARAGOZA.

Ultimamente se ha inaugurado en España una via férrea de grande importancia, la de Barcelona á Zaragoza, que cuenta 363 kilómetros de largo y atraviesa en su mayor parte los países mas escabrosos de Cataluña. Los trabajos que han debido hacerse para abrir esta línea han sido inmensos; hay sitios en que las zanjas tienen 30 y 40 metros de elevación, tanto en la tierra como en la peña viva. El movimiento de tierra y de roca pasa de 10.000,000 de metros cúbicos. La cantidad de obras de arte es considerable: hay diez y siete túneles, catorce viaductos de grande altura, sobre todo el de Buxadell, que tiene diez y ocho arcos, y trece puente de hierro, pues ha sido preciso salvar once rios, de ellos tres de primer orden. La pólvora empleada para talar las montañas ha costado mas de dos millones de francos.

La concesion de esta línea se hizo el 6 de julio de 1855, y quedó completamente terminada el 6 de julio de 1861.

El rey inauguró solemnemente este ferrocarril el 16 de setiembre último, y la línea está abierta al público desde el 26 del pasado.

Cuando esté concluido el camino de hierro de Zaragoza á Madrid, la línea de Barcelona vendrá á ser una de las principales de España.

E. R.

Fiesta

DEL COMICIO AGRÍCOLA DE VIENNE

(Francia).

El 8 de setiembre último el pueblo de Vienne, en el departamento del Isere, ha celebrado su fiesta de la agricultura con un esplendor inusitado, y que merece seguramente llamar la atención, pues son dignos de aplausos estos primeros síntomas de una regeneración universal. Con efecto, la agricultura por sus futuros progresos está destinada á dar un nuevo temple al corazón del hombre, que se deja arrastrar hoy con una facilidad de mal agüero hácia las especulaciones puramente pecuniarias, y los pueblos que se consagran al desarrollo de la agricultura adquieren un derecho legítimo á todas las simpatías.

Por lo demás, el hecho tan sencillo de presentar en una exposición los productos de un cultivo mejorado, ó el de reunir ganados escogidos en un parque,

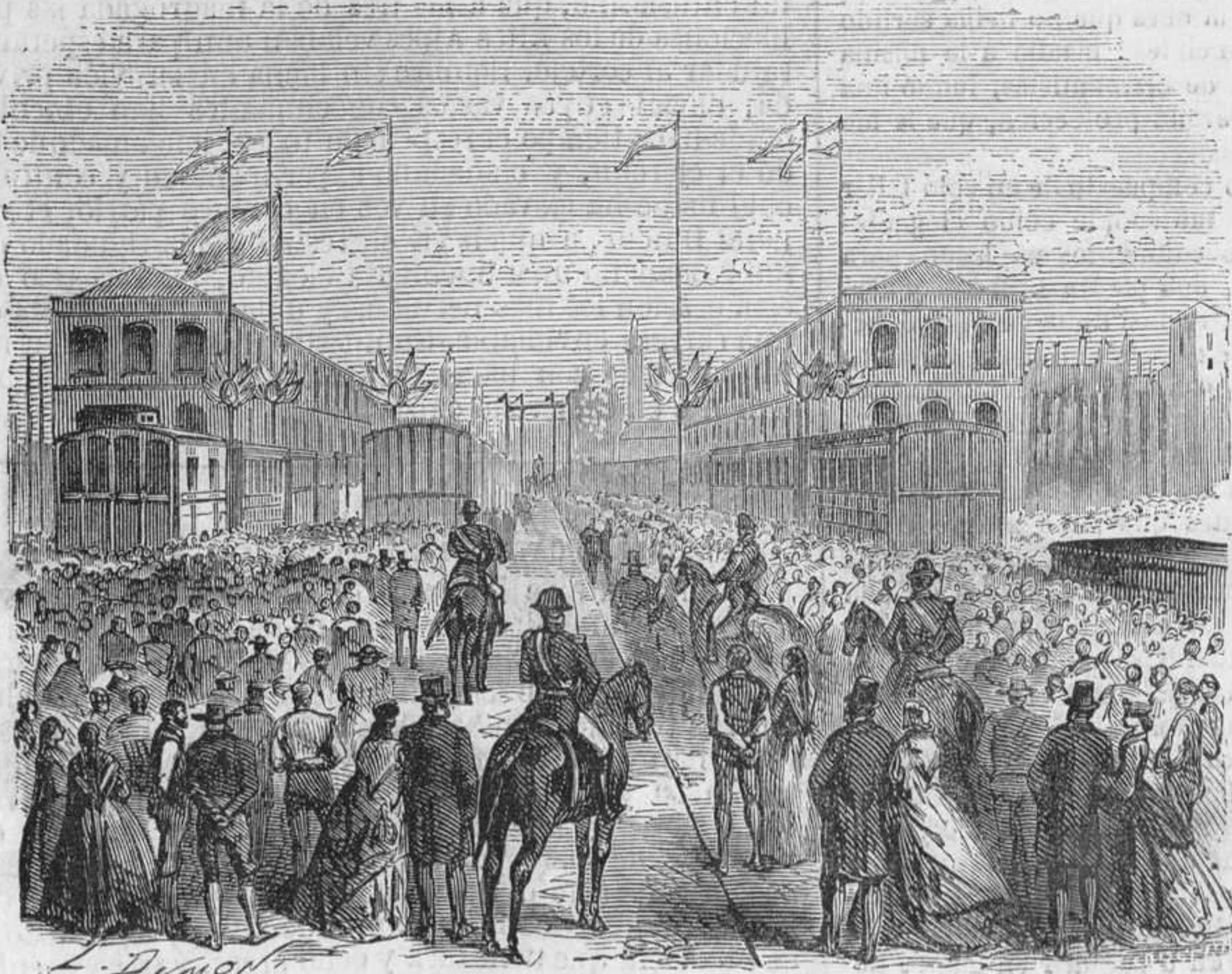
nó ofrecería en sí mas que un interés de segundo orden, si no se uniese á él la cuestión mucho mas importante de la enseñanza pública. No existe, á nuestro juicio, un método mejor para instruir al público que el de facilitarle que vea las cosas por sus propios ojos. Y esto no solo se dirige al espectador ordinario, sino al aficionado á observar los fenómenos de la naturaleza, al hombre que quiere aprender siempre y juzga por la práctica lo que valen sus teorías, al economista, que encuentra ahí el asunto perpétuo de sus meditaciones, y por fin, al filósofo que adelantándose á los tiempos, descubre y pronostica un porvenir mejor, porque para él todas las obras de la naturaleza son una revelación permanente nos da á conocer á la vez nuestros deberes y nuestro destino.

El pueblo de Vienne se ha mostrado este año á la altura del noble fin que se ha propuesto: ha sabido engalanar su fiesta. Las guirnaldas, las colgaduras, las banderas, las graderías monumentales, las fuentes y los adornos de toda especie, nada se ha perdonado. La administración local se puso á la cabeza de la solemnidad, y la distribución de coronas, medallas y primas tuvo efecto en medio de los aplausos de la muchedumbre, y segun las indicaciones de un jurado compuesto de las celebridades agronómicas de la localidad.

L. C.



FIESTA FEDERAL DE LOS OFICIALES SUIZOS EN LUGANO: — Composición de M. Champod, regalada al general Dufour.



INAUGURACION DEL FERRO-CARRIL DE BARCELONA A ZARAGOZA.



FIESTA DEL COMICIO AGRICOLA DE VIENNE (Francia).